



BOLETIN
DE LA
REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

ESTUDIOS SOBRE LA RIOJA

CONFERENCIA

dada en la Real Sociedad Geográfica, el día 19 de Enero de 1920
por D. Guillermo Rittwagen.

SEÑORAS Y SEÑORES :

Comienzo por agradecer la nueva hospitalidad que de esta honrosa tribuna me otorga la Real Sociedad Geográfica, por tantos títulos insigne y benemérita, á la que tanto debe el progreso de las Ciencias geográficas en España.

También quiero hacer patente el reconocimiento debido á mis Jefes el Excmo. Sr. Subsecretario de Hacienda y los ilustres Arquitectos D. Luis García Vigil y D. Joaquín Roncal, porque eximiéndome por breves días de mis deberes oficiales me han permitido con ello que pudiera dar esta conferencia.

Esta ha de abarcar cuatro puntos principales, que juzgo más interesantes é inéditos y como resultado de una prolongada y reciente estancia en la Rioja, en cumplimiento de una comisión oficial.

El primer punto se refiere a la influencia vasca en la toponimia riojana; la segunda cuestión será un sucinto examen de las etimologías árabes que se observan aún como reminiscencias de la dominación agarena, dejándome

llevar de mi impenitente afán arabizante; el tercer tema versará sobre los monumentos de arte románico, medio existentes aún en la región, y dígolo así porque la mayor parte de ellos están en decadente estado de ruina; al tratar de este asunto, es mi propósito llamar la atención de quien corresponda para que se procure salvar de la total desaparición esos humildes monumentos, olvidados y desconocidos, que abundan relativamente en la Rioja.

Y por último, trataré de algunas antiguas e importantes ciudades, hoy sepultas, y que merecen también algo más que el olvido en que se las tiene, porque un día fueron metrópolis de las más famosas de Iberia, citadas con elogio superlativo por los geógrafos e historiadores de la antigüedad, acreditando así la importancia que en todo tiempo tuvo la Rioja, como núcleo de una población numerosa adscrita a la proverbial fertilidad de su privilegiado suelo. Y aunque su existencia no fué avalada con los heroísmos de Sagunto y Numancia, también merecen ser objeto de excavaciones, que siempre redundarían en pro de la cultura, y sus resultados contribuirían á enriquecer los tesoros arqueológicos de nuestra Historia.

Comenzaremos, por el orden enunciado, a tratar de

LA INFLUENCIA VASCA

Es la Rioja una de las regiones españolas más conocidas por los productos de su privilegiado suelo, que por sus excelencias andan de boca en boca. Pero no todos los que gustan de sus exquisitas producciones naturales y de su industria sepan quizá que es una de las comarcas españolas más interesantes por su historia, por las influencias que sufrió en el decurso de los siglos y que fueron el resultado inevitable de su situación geográfica, fronteriza con regiones tan marcadamente típicas y diferenciadas como Vasconia y Navarra, Aragón y Castilla. Todas ellas ejercieron siempre su particular e intenso influjo en la Rioja, que fué durante siglos enteros el campo de Agra-

mante donde unos y otros dirimieron sus fraticidas contiendas.

Aunque histórica y geográficamente haya pertenecido a Castilla la mayor parte del tiempo, se distancia sin embargo notablemente de la fisonomía particular de las comarcas castellanas. La Rioja viene a ser a modo de crisol donde se funden los rasgos de tres comarcas ibéricas.

Pero, sobre todo, Vasconia ejerce una marcada preponderante influencia en las denominaciones geográficas. Bastará mirar un mapa de la Rioja para tropezarse con nombres tan vascos como los haya en Euskalerría. Y se observará que aunque el área de extensión de estas denominaciones abarca sensiblemente toda la provincia de Logroño, se localizan sin embargo con mayor abundancia y preferencia en la Rioja alta, que comprende los partidos judiciales de Haro y Santo Domingo de la Calzada, que son los más próximos a Vizcaya.

Pero en donde se manifiesta más insistentemente la influencia vasca es en la importante población de Ezcaray y sus alrededores, donde casi sólo se dan nombres de pro-sapia genuinamente éuskera.

La discusión de los límites de la antigua Cantabria ha hecho derramar a raudales la tinta y la supererudición. Se ha pretendido que la Rioja nunca estuvo comprendida en los límites cantábricos, a pesar de que sobre Logroño se alza un cerro donde es fama se asentó una ciudad llamada Cantabria hasta épocas relativamente recientes en la Historia, puesto que se pretende que fué Leovigildo quien la destruyó. Pero no he de detenerme en aportar nuevos argumentos en pro del debatido tema cantábrico.

Únicamente insistiré en que la Rioja, por su situación, es una comarca que siempre debió estar bajo la directa influencia de los vascos.

Hoy mismo está abrazada en más de una mitad de su perímetro por Navarra, de tal modo que la provincia de Logroño tiene más extensión común con los países vascos que con Castilla, a la que pertenece históricamente desde

que la perdieron los navarros, a cuyo dominio estuvo sujeta durante muchísimos años medievales.

Sobre todo en el extremo oriental, Navarra envuelve materialmente los confines de la Rioja, cercenando la limitación con Aragón, que queda reducida á una breve frontera.

Una peña singular, denominada *Mojón de los tres Reyes*, sin duda porque marcó la frontera comunal, sirve de punto de confluencia de los límites de las tres provincias avanzadas de Navarra, Castilla y Aragón. Dando una vuelta sobre la peña, sin salir de su pétrea contextura, se ha paseado por la jurisdicción de tres antiguos Reinos, del mismo modo que, girando sobre los talones en los polos, se han recorrido en un momento los meridianos de toda nuestra esfera.

Pero no es privativa de este regio Mojón la circunstancia curiosa señalada. En efecto; cerca de la célebre laguna de Urbión, madre del Duero, sita en la cúspide de la sierra del mismo nombre y sobre el cráter de un extinto volcán, existe el lugar divisero de las diócesis de Osma, Burgos y Calahorra, llamado *La Mesa*, y á ella pueden estar sentados los Obispos, cada uno dentro de su respectiva jurisdicción. Son curiosos triedros fronterizos que aunque teóricamente siempre se dan en la confluencia de tres jurisdicciones, no siempre reúnen las curiosas circunstancias que concurren en los dos casos citados.

La Rioja ha sido una prolongación de Vascônia ó Cantabria, denominaciones sinónimas ó yuxtapuestas al menos, cuyo verdadero alcance geográfico nunca podrá ponerse en claro con verdadera exactitud.

Sus límites actuales con Navarra, la región vasca con la que tiene más largo contacto, no coinciden con el curso del Ebro, como pareciera lógico y natural, por ser una buena fosa divisoria; sino que la línea demarcatoria, como para hacer más íntimo el contacto, pasa y repasa la corriente ibérica por antonomasia, penetrando unas veces la jurisdicción de Logroño allende el Ebro, dando así jus-

*ificado pretexto para las denominaciones de las Riojas alavesa y navarra, y otras veces es Navarra la que se adentra con su régimen de privilegio anacrónico en el territorio riojano, haciendo resaltar con ello más aún la injusta excepción fiscal.

La Rioja, en realidad, es el valle del Ebro desde que pasa por las Conchas de Haro y el risco de Bilibio hasta que penetra en el recodo navarro que se interpone entre la provincia de Logroño y la de Zaragoza. Pero por extensión, la denominación regional se da á toda la provincia logroñesa, incluso á las cordilleras del Sur, que vienen á ser por ello la Rioja Montañosa.

La Rioja llana se subdivide a su vez en Rioja Alta, que es la situada a Occidente de Logroño, y la Baja, a Oriente de la capital.

Además de las Riojas alavesa y navarra, ya indicadas, existe también una Rioja castellana ó burgalesa, que comprende varios pueblos cercanos a los límites de Logroño, y que tradicionalmente pertenecen a las Riojas.

Definidos así sus verdaderos límites actuales, diremos que su denominación es el primer argumento que, en mi sentir, prueba la decisiva influencia vasca en la geografía riojana.

Se ha pretendido que el nombre de Rioja provenía de un río que se llamaba Oja, y que es un gigantesco arroyo que vierte sus aguas en el importante afluente derecho del Ebro llamado Tirón, y que parece serviría de límite entre las antiguas tribus de los Autrigones, habitantes de la Bureba, y los Berones, pobladores de la Rioja, cuyos nombres antiguos perduran en dos localidades riojanas llamadas Tirgo y Briones.

En efecto; el nombre de Rivo de Oja, ó Rivogia, aparece en varias escrituras antiguas. En el fuero viejo de Castilla se le denomina como hoy, Rioja. Y a sus bordes subsiste una antigua población que se llama Ojacastro. Y por añadidura, el río procede de los Montes de Oca.

Pero aquella localidad se llama Oggacastro en el voto

del Conde Fernán González; Oia Castri, en la escritura de fundación del Monasterio de Santa María la Real, de Nájera, el año de 1052; Oxa-Castro, en las capitulaciones de los moros de Tudela con Alfonso el Batallador el año 1115, como consta en el Apéndice al *Diccionario Geográfico-Histórico de la Rioja*, por Govantes; y finalmente, Oia-Castro, en la estimación de préstamos de la diócesis de Burgos mandada hacer por su Obispo Aparicio hacia el año 1247, como consta en el Apéndice al tomo 26 de la *España Sagrada*.

En otros documentos se repite toda la gama de las transcriptas acepciones, cuya diversidad evidencia que es absurdo encontrar relación entre el nombre del río y el de la localidad.

El nombre de Rioxa aparece por vez primera en el fuero de Miranda de Ebro el año 1092, como tierra, aunque en diferentes escrituras del siglo XI se mencione el pueblo de Oja Castro y de su valle, y del río o rivo de Oja Castro.

Es decir, que este nombre aplicado al río parece una derivación del de la localidad, y no viceversa.

Pero la denominación de río Oja es puramente literaria y cartográfica, pues en el país no queda ni aun el recuerdo, sino que impera otra de filiación más antigua; Glera ó su corrupción Ilera, cuya etimología latina de *glarea* es evidente, puesto que recuerda el nombre de los cantos y guijarros que en abundosa profusión llenan el álveo del pretendido río Oja.

Pero aun cuando efectivamente este río se llamase alguna vez *Oja*, por la profusión de «hojas» que arrastraba, traducción *ad pedem literæ*, es circunstancia común que conviene á todos los ríos que bajen de montañas cubiertas de bosque, por lo que resultaría absurdo pretender que este modesto curso hidrográfico hubiera impuesto su nombre a regiones no recorridas por él, caso sin precedentes en la Geografía. En efecto; la cuenca del Glera sólo comprende parte de la Rioja Alta, desde su nacimiento en

la sierra de la Demanda hasta su confluencia con el Tirón, cerca de la antigua Naharrauri, hoy Casalarreina.

Pero el resto de la Rioja Alta y menos aún toda la Baja y las demás denominaciones regionales, fuera de la actual provincia de Logroño, no tienen el menor contacto con el monstruoso arroyo que se pretende impuso nombre a tan distantes comarcas. Resultaría, pues, una incongruencia decir que toda la vasta extensión de la Rioja, en su máxima acepción geográfica, tuvo su bautismo en el guijarroso álveo del Glera, donde faltaba para la administración del primero de los Sacramentos lo más indispensable, el agua; porque la mayor parte del año el cauce está seco y sediento y sólo en épocas de lluvias discurre su tormentoso y avasallador caudal, propio de grandes avenidas, régimen torrencial que depone presto sus furores, siendo difícil descubrir el resto del tiempo un tímido y perezoso hilo de agua, que escondidamente discurre por entre los cantos y guijarros.

Por eso, aun sin negar que pudiera darse al Glera el nombre de río Oja en un tiempo, no satisface la etimología que se le quiere dar, no guiándose sino por el valor literal de las palabras, pues los nombres que los pueblos imponen a sus accidentes geográficos obedecen siempre a causas más fundamentales que las que en este caso intervienen, porque resulta pueril explicar el nombre de río Oja por las abundantes hojas que arrastraba en la época de su caída de los árboles.

Admitiendo la intervención filológica vasca puede darse al nombre de la Rioja una etimología más razonada y verosímil. A mi modesto parecer, la cuestión debe darse ya por definitivamente zanjada y no discutirse más estérilmente, girando sobre la absurda intervención de las hojas del río Glera, en la determinación regional de la provincia de Logroño y parte de las de Álava, Burgos y Navarra.

Rioja, según la más verosímil etimología vasca, puede ser una corrupción de *Erri-Oji* u *Ojia*, cuya traducción es *tierra*, o *territorio*, o *terreno de pan*, puesto que aquellos

tres vocablos proceden también del vasco *erri*, que eso significa. Dicha etimología le conviene porque las feraces tierras riojanas del valle del Ebro y sus prósperos afluentes debieron constituir el granero de los vascos, ya que sus ásperas montañas no permitieron nunca el cultivo intensivo de los cereales.

La Rioja no formaba, pues, una región distinta, sino que era el complemento inseparable de la Vasconia, poblada por unos mismos habitantes.

DENOMINACIONES VASCAS EN LA RIOJA

Obsérvase en las denominaciones geográficas de origen vasco en la Rioja la constante e insistente repetición de unos mismos términos en determinadas comarcas.

A lo largo del río Tirón, en la Rioja Alta, se manifiesta la insistencia del vocablo *Uri*, que como es bien sabido significa en ibérico *ciudad y agua*, siendo equivalente al *Ili* antiguo, que tanto se daba en la nomenclatura antigua de España, que también se decía indistintamente *Iri*, *urri*, y hasta *Julia*, en concepto de algunos autores.

Es verdaderamente desconcertante que un mismo término, como *uri*, sirva para designar conceptos tan diferenciados como *lugar poblado y agua*. Ello hace algo difícil saber exactamente qué traducción conviene aplicarle, como cuando en la Rioja Alta se repite insistentemente en pueblos situados a orillas de un río como el Tirón, en cuyo nombre también se descubren vestigios del término, aunque se le hace provenir del que tenían las tribus de Autrigones que poblaban sus márgenes.

Comienza la serie por Herramélluri (también Remélluri) y su aldea Blaseuri (hoy Velasco), junto á la confluencia del Láchigo con el Tirón, en el partido judicial de Santo Domingo de la Calzada, y penetrando con este río en el de Haro, pasa por Ochánduri, Cihuri, hasta que vierte sus aguas en el Ebro, cerca del aldeaño de Haro

llamado *Atamauri*. En el mismo partido se encuentran *Galbárruli*, *Ollaauri* y *Naharrauri* (antiguo nombre de Casalarreina). En *Cellorigo*, *Ciriñuela*, *Cirueña*, se reconoce el término al medio. En *Cuzcurrita*, en la forma antigua de *urri*, también al medio. En la comarca de Haro vemos que el término se da preferentemente como sufijo. En la de Ezcaray, por el contrario, se manifiesta como prefijo, y a pesar de dominar los nombres vascos, el vocablo no se da con la misma pureza que en Haro, sino con transformaciones y elipsis. Así le vemos en *Urdanta*, *Uruñuela*, *Ulizarna*, *Espurgaña*. El nombre del río Iregua también tiene vestigios innegables del *uri*, que aquí no puede tener más significación que la hidráulica, a menos que el *ire* inicial tenga relación con el número tres.

El término *uri* está en realidad extendido por toda la península, puesto que le vemos en el Turia (T-uri-a), Duero (D-uri-us), en el Norte de Italia, en Turín, Etruria y Liguria; al Sur, en las islas Filicuri y Alicuri del archipiélago Eólico; en Suiza, donde hay un Cantón llamado Uri, y hasta en las remotas edades geográficas se recuerda el misterioso nombre de Lemuria, que casi pertenece al dominio de lo oculto. Es, pues, un término de un prestigio geográfico cual ningún otro.

Los nombres de los pagos de Briones no pueden ser más típicos: Larra, Laigarra, Valera, Mendiguena, Arisabel y Orriturri. En Haro, entre otros, Matulleri, Micalanda; y en San Asensio existe la ermita de nuestra Señora de Arizta ó Ariceta, término este último que significa *encina* en vascuence.

Si en el partido de Haro es el término *uri* el predominante, en el de Santo Domingo impera el *zarra* en la toponimia local, voz que significa *viejo*, pero que aquí creemos sea una forma de *zearra*, que significa *sierra*, *cerro*, nombres castellanos que reconocen visiblemente un origen ibérico, según Hübner, Humboldt y las conclusiones últimas de la *Sociedad de Estudios Vascos*, todas las cuales se inspiran a su vez en el vocablo inicial del cual se derivan

todos, a saber, *erri*, tierra, como la fonética y la identidad de conceptos pregona.

Así tenemos Altuzarra, Chilizarrias, Azarrula, Zarratón y Zorraquín, en las que como se vé tanto interviene como prefijo que como sufijo. En Haro se da también Sajarra. Otros términos de los alrededores de Ezcaray son Ayabarrena, Uyarra, Cilbarrena, Zabárrula, etc. Una localidad del término de Robres, se llama Buzarra, nombre vasco de las Alpujarras.

El clásico término *iturri*, fuente, se manifiesta en Iturrimurri, en Haro; Desparriturri é Iturrica, en Ezcaray.

Lo dicho basta para echar de ver que la toponimia de los dos partidos de la Rioja Alta no puede ser más vasca.

Como apéndice de esta conferencia figurará, si la Real Sociedad Geográfica se digna acogerlo en las páginas de su BOLETÍN, un completísimo *Nomenclátor de denominaciones geográficas vascas en la Rioja*, con señalamiento de los mismos o análogos nombres en las Provincias Vascongadas, para fijar la atención sobre su identidad ideológica y consiguiente semejanza fonética de los prefijos, sufijos que la integran o de la totalidad del término.

Dícese, para justificar esta influencia vasca en la Rioja, que es debida a una importante emigración verificada en épocas históricas con objeto de explotar unas minas en derredor de Ezcaray, estableciendo importantes ferrerías, industria muy peculiar de Vizcaya.

Pero aun cuando ello fuera cierto y las antiguas fundiciones pudieran dar efectiva fe de ello, no es menos cierto que la distribución de la terminología vasca por toda la Rioja, aun cuando sienta preferencia por localizarse en la Alta, prueba su origen remoto y extendido; no pudiendo, por lo tanto, atribuirse al puñado de vascos que en épocas relativamente recientes de la Historia vinieran á explotar las fundiciones de Ezcaray, cuya explotación adquirió su mayor pujanza en los siglos XIV y XV.

Pero sin ir a tiempos tan antiguos echaremos de ver la insistencia verdaderamente singular con que en la región

riojana y sus limítrofes se repiten las radicales del pueblo ibero, del que los vascos son sin disputa los más genuínos sucesores.

En efecto; Berones era el nombre de las primeras tribus habitantes de la Rioja, cuyo nombre se perpetúa sin-copado en la población de Briones. Sus vecinos eran los Bárdulos ó Bardietas. En la Rioja existen aún pueblos que se llaman Berceo, Bergaña, Bergasillas, Briñas, Berito (antiguo nombre de Alberite), Varea, Berberana, Brita, hoy Brieva. En las regiones contiguas: Berantevilla, Berganza, Berganzo, Bergüenda y Bernedo, en Álava; Berberana, Bercedo, Berzosa, Bureba, Briviesca, Ibrillos, en Burgos; relación que cortamos para no hacer más enojoso la lectura, pero que se pudiera prolongar más aún.

Y no lejos, una escondida aldea del término de Cendea de Olza de Navarra se llama con el genuíno y clásico nombre de Ibero, existiendo un Cantiberos en la provincia de Segovia.

Esa marcada insistencia con que en derredor de esta parte de la cuenca del Ebro, el río ibérico por antonomasia, se manifiesta la radical *ber*, permite afirmar que éste era el corazón de Iberia.

Se ha pretendido que los berones, los cántabros y los vascos eran celtas; pero el propio nombre de los primeros y el idioma de los segundos hacen ver que se trataba más bien de iberos.

FILIACIÓN FILOLÓGICA DE LOS VASCOS

Mucho ha preocupado á los filólogos la filiación lingüística singular del vascuence.

Se ha dicho que tenía muchos puntos de contacto con el japonés, citándose al efecto numerosos vocablos de idéntica significación.

Un explorador español, el Sr. Abargues de Sostén, en conferencias que diera en esta misma Sociedad en 1883, citó algunos vocablos del idioma africano de los gallas,

contiguos á la Abisinia y el Mar Rojo, iguales en un todo al vascuence, de los 62 sinónimos que dijo halló.

Enderaserat significa «lindo», «bonito», en ambos idiomas; lo mismo que *Aschea*, «viento»; *Etzea*, «casa»; *Charra*, «malo» (*charrán* en castellano es palabra de indiscutible origen vasco), y *Chikerrá*, «bajito».

El mismo explorador afirmaba concretamente que el gala era idioma primitivo completamente original y cuya forma se aleja en absoluto de las lenguas semíticas.

Ahora bien; los galas son también un pueblo aborigen del Norte de África, y por lo tanto más ó menos remotamente relacionado con los berberiscos.

La existencia de estas voces en el rincón más apartado del Oriente africano, evidencia la razón que asistía al sabio René Basset al señalar como área de difusión idiomática del berberisco «todo el Norte de África desde las fronteras de Egipto, Nubia y Abisinia hasta el Océano Atlántico, y desde el mar Mediterráneo hasta las orillas del Senegal y del Niger, en los confines del Sáhara». Es decir, toda la vasta isla Norteafricana comprendida entre los anteriores límites rodeada por los mares citados, por el canal de Suez y el proceloso mar de arenas candentes que es el Sáhara.

También se ha pretendido un estrecho parentesco con el berberisco que hablan los aborígenes del Norte de África, ya que según toda verosimilitud los vascos y los berberiscos no son, en suma, sino los descendientes de los antiguos iberos, cuya radical aún conservan los aborígenes norteafricanos en su denominación de bereberes, y que los antiguos conocían por libios, en cuya denominación siempre perdura la *be* característica de este pueblo, que no es en último término sino una variante de la gran familia mediterránea morena, que desde tiempos antehistóricos vive en derredor del gran lago, que es el mar Mediterráneo.

Bero en ibérico significa *caliente*, *moreno*, y es curioso observar que este concepto dícese casi universalmente con

las mismas letras. *Brun* en francés, *Bruno* en italiano, *Braun* en alemán, por no citar más que algunas de las principales lenguas.

Un sabio publicista español, el ilustre Tubino, combatió con verdadera pasión lo que llamó iberismo de Humboldt, afirmando que los berberiscos fueron los primeros pobladores de la península hispánica, sin caer en la cuenta que ambos tenían razón, porque hoy está fuera de toda duda que iberos y berberiscos no son sino unos mismos, y hasta el simple enunciado de esos nombres induce a pensarlo. Es raro que hombre de tanto talento como Tubino no cayera en ello, malgastando su docta erudición contra molinos de viento.

Salustio llama a los iberos, persas, porque en realidad éstos eran los arios más genuínos, por lo que también esa denominación viene a ser sinónima. Y ello confirma más aún el parentesco de todas las familias arias que se asentaron a orillas del Mediterráneo, ya que tanto en persas como en iberos y berberiscos siempre perdura la radical integrada por las letras labiales *be* ó *pe* y la *erre* final. El propio nombre ario de España recuerda el de la capital de Persia, Ispahan. Probablemente la región originaria de los arios no debía circunscribirse a la meseta turánica, sino que comprendía de seguro todo el centro de Asia hasta la Siberia, cuyo nombre también conserva las radicales apuntadas, lo que hace establecer una extraña relación filológica entre la Iberia y la inmensa región septentrional de Asia.

El mismo autor latino, al hablar de la emigración persa o aria en el Mediterráneo, dice que transformaron sus buques en cabañas varándolas y poniéndoles la quilla al aire, de donde copiaron los númidas, que no eran sino berberiscos autóctonos del Norte de Africa, la forma puntiaguda de los techos de sus cabañas, como cúpulas de la Edad Media o agujas arquitectónicas. Dice así el texto latino: *Ædificiæ numidarum quæ mapallia illi vocant, oblonga incurvis lateribus tecta, quasi navium carinæ es-*

sent. «Los edificios de los númeridos, que ellos llaman mapales, tienen sus techos en forma de curvas prolongadas, como si fuesen quillas de naves». Sobre esta materia me he ocupado en unos *Apuntes de prehistoria comparada de España y Marruecos*, publicados en la *Revista de Geografía Comercial* de esta misma insigne Real Sociedad.

Sin embargo de las concomitancias tan insistentemente señaladas entre vascos y berberiscos, un escritor africanista muy conocido de antiguo en esta Sociedad, D. Gonzalo de Reparaz, en su obra *Política de España en Africa*, refuta esta teoría, citando al efecto nombres de objetos comunes en ambos idiomas, de los que resalta una total disparidad fonética y gramatical.

Pero muy recientemente un diligente y eruditísimo investigador, D. Antonio Martínez Pajares, autor de varios interesantísimos trabajos filológicos, ha publicado uno titulado *El Vascuence y el Bereber*, abogando nuevamente, con gran acopio de razonamientos sólidos, por la pretendida hermandad filológica, basándose en conceptos que responden a ideas fundamentales y no a objetos vulgares, como los que citaba el Sr. Reparaz. Remitimos al curioso a tan erudito alegato, que viene a marcar un paso decisivo en pro de la tan debatida cuestión.

Es decir, que la copia de argumentos favorables va sensiblemente aumentando a medida que más y mejor preparados investigadores se ocupan del interesante tema.

Es de presumir que dados los largos siglos durante los cuales han estado distanciados los vascos y los berberiscos, no sólo materialmente sino, sobre todo, culturalmente, el idioma ha debido sufrir variaciones muy sensibles, ya que la convivencia de los berberiscos con cuantos dominadores históricos desfilaron por el Norte de Africa, desde los fenicios hasta los árabes, y sobre todo el asentamiento del poder cartaginés y vándalo en el mismo suelo norteafricano, pudieron introducir notorias diferencias en la designación material de objetos corrientes.

A las identidades aducidas por el Sr. Martínez Pajares,

puedo añadir poco más. Y son *Aittá*, que significa *padre* en vascuence y berberisco, sirviendo en este último idioma para formar el apelativo común de *Ait* o *Aiz*, que se antepone al nombre patronímico de las kábilas berberiscas y que viene á significar por lo tanto *Padre de.....* También advertiré que *atta* era también padre en godó, correspondiendo al actual *Vater* germánico.

Perro podenco, dicese *kanyar*, tanto en vasco como en berberisco, y camisa, *Alcándora*.

Este vocablo está admitido también en castellano, lo mismo que multitud de palabras vascas y berberiscas, sin que la Academia de la Lengua señale siempre su verdadera filiación original. Roque Barcia admite dos acepciones, siendo la segunda que nos interesa, un femenino anticuado por el que se designa cierta vestidura blanca a modo de camisa, o la camisa misma.

La etimología que da es el berberisco afrancesado *candour* (¿por qué no expresaría más sencilla y lógicamente *candur*?) Sin embargo, es voz que considera como de carácter universal. Algunos amigos míos, vascos, pretenden que no es voz de genuína estirpe vasca, aun diciéndose corrientemente en el habla vascongada. En su concepto es voz alienígena, extraña al éuskera.

La hallamos en el árabe también, a pesar de que no puede considerarse tampoco clásicamente como tal. El artículo *Al* que antecede al nombre es, sin embargo, un innegable vestigio arábigo. En *Las mil y una noches* (VII. 27, edición Habicht), se lee *ta-candur-t*, refiriéndose a una camisa.

Como las camisas, limpias al menos, suelen ser blancas, de aquí que *candor*, *candidez*, sean sinónimos de blancura, pureza de alma, como en latín *candoris* significa también blancura, con resplandor y luz. Y por metáfora, *ingenuidad* y *pureza de ánimo*, puesto que la blancura es el símbolo, el color de la inocencia. *Candoris* es forma de *candere*, *brillar*, y de aquí se deriva el *candore*, italiano; *candour*, francés, y el *candor*, italiano y castellano.

El insigne D. Francisco Fernández y González dirigió una interesantísima y original comunicación al XIII Congreso internacional de Orientalistas, celebrado en Hamburgo en 1902, sobre las concomitancias del vascuence y las lenguas semíticas, nuevo y curioso aspecto del más arcaico de los idiomas subsistentes.

Nuestro glorioso sabio afirmaba que el vasco era un idioma semítico por la mayoría de sus elementos, según se demuestra respecto de la pronunciación de sus palabras, entre las que hay un gran número de voces semíticas y pre-semíticas, es decir, como pertenecientes al egipcio; y también tiene reminiscencias de dialectos etíopes, berberiscos, asirios, medas, turcos y otras lenguas turániás.

Pero según sus propias investigaciones, ninguno de esos idiomas ejerció tan notable influencia como los idiomas semíticos históricos, incluyendo el asirio y sobre todo el fenicio y el caldeo, idioma popular de los israelitas después del destierro y cuya pronunciación parece haber sido la preferida por los vascos.

A la gran copia de palabras idénticas que el Sr. Fernández y González aducía, puedo añadir yo también algunas por mi cuenta.

El vasco *Azoka* recuerda el *suk* árabe, equivalente á *zoko* o *soco*, que significa lo mismo en ambos idiomas: *mercado*.

Urrak, de donde procede el nombre propio Urraca, es idéntico al *surrak*, árabe, que se traduce, y perdón por la licencia, por *ladrón*. De él provienen los vocablos castellanos *sarraceno* y *sarracina*, todos los cuales entrañan la idea del *robo*, *saqueo*, *pillaje*, como el de la ave de presa llamada también *urraca*.

Covarrubias lo deriva de *Furax*, y Jungfer, en la página 105 de la versión castellana de sus *Apellidos y nombres de lugar hispano-portugueses*, hace provenir *sarraceno* del plural árabe *Charqin*, que significa *orientales*, y del cual han quedado en España varios pueblos con ese nombre, como Zarracenos en Oviedo, Monsarracinos en

Zaragoza, Villasarracín en Lérida, habiendo habido en el siglo XII un *Castrum Sarracenicum*, mientras que Villasarracino en Palencia y Gómez Sarracín en Segovia se formaron del apellido Sarracín. Pero existe un apellido en España, Cheriguini, que debe reconocer más verosímelmente la etimología de *chergui* o *charki*. También en Francia hay muchas localidades que recuerdan el paso de los sarracenos, como una ciudad del cantón de Salins, desaparecido en 1649 por un desprendimiento de monte, que se llamaba Sarcenne; un barrio de la ciudad de Poligny, Charcigne—Sarceny en patois—reconoce la misma etimología. El bosque de los sarracenos, el bálsamo de los sarracenos, Geraize, son otros tantos nombres de lugar que acusan en Francia, en el Delfinado y Franco Condado sobre todo, el pasaje arrollador del alud oriental en el siglo VIII.

Otro nombre común al éuskera y al árabe es *Jakim*, *sabio* en el último idioma, que corresponde al vasco *Jakin*, cuyo significado, *saber*, es idéntico en ambos idiomas.

Otra coincidencia singular, que viene en apoyo de la teoría iniciada por el Sr. Fernández y González, es la expresión vasca *Jaun*, *Señor*, y la persa y tártara *Jan*, rey, emperador, señor, soberano, en suma. Y hasta el nombre vasco de Álava, Araba, coincide con el de la Arabia. Una localidad vasca, Gemein, recuerda también el Yemen arábigo.

El *Uri* vasco corresponde al *Ili* fenicio con que se denominaban multitud de ciudades antiguas de España, como Granada, cuyo antiguo nombre Iliberri, *ciudad nueva*, equivale al Uliberri actual que subsiste en multitud de localidades vascongadas y cuyo nombre ha quedado perpetuado en la sierra Elvira, corrupción de aquel nombre primitivo. También existe en Navarra, Liberri, contracción del nombre íntegro.

Amar, «diez», proviene verosímelmente de *marau* ó *maran* en berberisco y el primitivo idioma guanche de los canarios, y lo que es más curioso, en el lenguaje antiguo de los indios americanos de la Florida.

Ello sería indicio vehemente de la antigua comunidad de relaciones del viejo continente con la América precolumbiana á través del misterioso continente desaparecido de la Atlántida, respecto de cuya existencia histórica no cabe dudar.

Sobre visibles influencias semíticas en América tengo realizado de antiguo un estudio, nuevo y original aspecto para ilustrar los orígenes americanos. Aunque pudiera extenderme mucho en la materia, no quiero desperdiciar la ocasión para poner de manifiesto una sola coincidencia que es decisiva, a mi juicio, si no vinieran otras muchas etimologías semíticas más á corroborar mi hipótesis.

Aksa significa «extremo», «extremidad» en árabe. Así se denomina Marruecos por los musulmanes *Al-Magrib-al-aksa*, que se traduce por *El Occidente extremo*, porque los mahometanos, al invadir el Norte de África, denominaron genéricamente *Al-Magrib*, «el Occidente», a la vasta península delimitada por los senos sirticos, el Mediterráneo y el Atlántico; y la llamamos península de intento, por considerar el Sáhara, que le sirve de demarcación meridional, como un mar más, aunque hoy sea de procelosa arena, y como prueba de la existencia de un mar interior africano en anteriores épocas geológicas.

De ese gran territorio, a Túnez le denominaron *Al-Magrib-al-aula*, o sea *El Primero Occidente*; a Argelia, *Al-Magrib-Ach-Charg*, esto es, *El Occidente Oriental*, y valga la paradoja; y finalmente, como Marruecos quedaba como el extremo del Occidente del mundo musulmán, así lo llamaron.

Pues bien; ¿quién no recuerda que el extremo septentrional de América, que se acerca al estrecho de Behring, se denomina *Alaska*, es decir, *el Extremo* en árabe, salvo una insignificante metátesis?

Pero el parentesco fonético y de concepto de *Alaska* y *Al-aksa* no fuera de reparar si no coincidieran plenamente en dos regiones extremas a las que conviene la acepción que el vocablo entraña.

Y así tengo multitud de anotaciones coincidentes y etimologías semíticas de nombres geográficos primitivos de América.

Pero volvamos al abandonado sendero, tras esta disgresión, por tierras americanas que, dispensadme, no he podido resistir la tentación de eludir.

Siento tener que sustentar distinto criterio, en punto al berberisco, con algunas de las manifestaciones hechas a su respecto por el Sr. Fernández y González, que si vienen a corroborar la relación con el vasco, no están de acuerdo con el verdadero lugar que a estos idiomas corresponde. El berberisco, en efecto, no puede incluirse, como tácitamente hace, en el grupo de idiomas semíticos.

Por el contrario, cuantos han profundizado en el conocimiento de sus múltiples dialectos, singularmente el eminente Profesor de la Escuela Superior de Letras de Argel Mr. René Basset, Said Boulifa, y nuestro malogrado Fray Pedro de Sarrionandia, han comprobado la perfecta independencia del berberisco respecto del árabe, con cuyo idioma convive secularmente, manteniendo sin embargo su respectiva autonomía filológica. Y es que el árabe es en el Norte de Africa, no el idioma aborigen, sino el alienígena de los últimos dominadores.

Resulta paradójica, pero un marroquí berberisco y un marroquí de estirpe árabe que no sepan más que sus idiomas, no se entienden; como no se comprenden un vizcaíno que ignora el castellano, con otro español. No hay entre ellos la menor concomitancia filológica.

¿No es ello prueba evidentísima de que es un error incluir el berberisco entre los idiomas semíticos?

No negamos, no, que los idiomas presemíticos y semíticos hablados por pueblos tan universales como el egipcio, fenicio, asirio, caldeo, hebreo y árabe, ejercieran influencia evidente entre todos los pueblos antiguos. Máxime cuando en el Norte de Africa se asentaron los fenicios y cartagineses. Pero aunque existan voces comunes no se puede pretender el entronque principal del berbe-

risco ni del vasco con los idiomas semíticos, como tan erróneamente propugnó el Sr. Fernández y González.

CONCORDANCIAS GEOGRÁFICAS

Es curioso observar cómo las dos ramas ibéricas de la península S.O. de Europa y la de la N.O. de Africa, aun conservando la misma médula etno y ethográfica, derivaron hacia rumbos históricos distintos, consecuencia inevitable de las influencias decisivas que hubieron de experimentar. Aislados, además, desde fechas muy remotas, vivieron, sin saberlo, al unísono sin el menor contacto material, como los relojes que inconscientemente marcan la misma hora.

Así, pues, mientras los iberos norteafricanos siguieron su senda tribal primitiva caracterizada por el individualismo más feroz, los iberos sudeuropeos de Occidente fueron perdiendo el régimen clánico, aun conservando siempre el individualismo, que es base tradicional de su carácter. Curiosa incorporación de un pueblo exageradamente individualista, como lo fueron, por ende, todas las sociedades primitivas, a nuevas modalidades de la vida.

Hoy día los iberos norteafricanos siguen clasificados en tribus, distinguidas con el nombre patronímico que lleva antepuestos los términos indígenas ya indicados de *Ait* o *Ida*, en equivalencia de las árabes *Ulad* y *beni*, que se aplican á las tribus de prosapia árabe o berberisca más o menos arabizadas y que, como es bien sabido, significan literalmente *hijos*. También se usa, aunque menos, el término árabe *Aal*, que equivale a *Familia*.

Se vé, pues, que esos términos tan corrientes en la toponimia geográfica de los países musulmanes, aun significando conceptos tan cercanos cuanto opuestos, como *padre* e *hijos*, se emplean indistintamente. De tal modo, que cuando se dice *Ait-Udrar*, se expresa exactamente *Padre del Monte* o *de los del monte*, esto es, de los *montañeses*; en tanto que cuando en árabe se denomina *Ulad-Mansur*, dícese *Hijos del Victorioso*.

Imposible es buscar concordancias entre vascos y berberiscos en este respecto, ateniéndonos a las denominaciones tribales, que debieron desaparecer hace ya mucho tiempo atrás de entre los pobladores de la Península ibérica, puesto que derivaron su vida hacia la sociabilidad dimanante de los núcleos más o menos importantes de población, en vez de hacer la vida individualista de los berberiscos.

Por eso la Geografía no viene, ciertamente, muy en apoyo de la actual hermandad vasco-berberisca.

Pero no por ello dejan de señalarse algunas coincidencias en ese terreno.

Así, por ejemplo, Uringa es el nombre del río que separa el Rif de Yebala, en el que se puede ver el clásico *uri* ibérico. Y Uvenga ó Ruvenga era el nombre de una villa cuya donación al monasterio de San Millán, en la Rioja, por el Senador Sicorio, confirmó el Rey García Sánchez, denominado el Trémulo, tercer Rey de Pamplona y segundo de Nájera, en la era 958 (año 920). Y recuérdese que Durango revela la misma estructura que el río marroquí.

Igsasa es el nombre de una bahía en la base de la península de Tres Forcas del territorio de Kalaia, nombre que hemos transformado en Cazaza, a donde llegaron las armas de los primeros conquistadores de Melilla y cuyo título de Marqués está adscripto a la insigne Casa de Medina Sidonia.

Una altura de la cordillera Ibérica en la provincia de Logroño se llama Peña Isasa.

¿Quién no conoce el famoso río Uarga, al Sur de la cordillera rifeña, que tan empeñadamente se discutió cuando las negociaciones francoespañolas para mermar más aún nuestra menguada y empequeñecida zona de influencia en Marruecos? En su nombre vemos perdurar el *uri* ibérico, existiendo un río en España que también se llama Arga, hasta cuyo nacimiento lleva el P. Risco, en la página 315 del tomo 32 de la *España Sagrada*, a los an-

tiguos pueblos rugones, que también poblaron el histórico valle del Roncal, solar ilustre de tantas familias navarras insignes que llevan ese apellido.

Sin decidir esta debatida cuestión, inherente a la localización geográfica de todos los pueblos antiguos cuyas fronteras exactas nunca podrán decidirse, señalaré únicamente la observación, nacida de mi impenitente afición filológica, de que las letras radicales del río Arga coinciden con las del pueblo antiguo que verosímelmente impuso nombre a Aragón. Targa es también el nombre de la capital de la región de Gomara, al S.E. de Tetuán.

Como última concordancia paralela entre nombres geográficos berberiscos y vascos, indicaré el balneario llamado de Urberuaga de Ubilla y el apellido Buruaga con el nombre de la cabila rifeña de los Beni-Uriaguil, situada frente a nuestro Peñón de Alhucemas, y a cuyo segundo nombre se da una interpretación que no satisface plenamente.

En cambio vemos en él el clásico término ibérico *uri* como inicial, que puede tener justificación por lo muy regado que es el territorio que puebla, por dos ríos casi paralelos, el Nakur y el Gris, que desembocan a poca distancia en la Marsa-Muyajedin, *el puerto de los cruzados*, que este es el nombre marroquí de la vasta bahía sobre la que se alza el peñón del Príncipe de Monte Sarco.

La vega de Beni-Uriaguil es una de las más extensas y frondosas del Rif, consecuencia natural de la abundancia de sus aguas, por lo que me aventuro a señalar la verosímil etimología vasca de la primera parte de su nombre patronímico.

Burruaga se llama, por ende, una localidad de Álava.

Regresando a la Rioja, después de este viaje, señalaremos un hecho histórico digno de especial mención. Y es que el fuero particular que se concedió por los antiguos señores a todas las villas de Vizcaya, sin excepción, fué el célebre de Logroño. Ello prueba que conviniéndoles el fuero de la capital de la Rioja era evidente la analogía

de las poblaciones, la identidad de hábitos, de idiosincrasia, a la que no puede sustraerse la voluntad consciente de los pueblos.

El dárseles una misma ley para su gobierno y régimen pone de manifiesto que las localidades de Vizcaya y la Rioja ofrecían semejanzas en sus costumbres y modos de vida, puesto que el legislador apreció que a ambas les convenía el mismo reglamento y asistían los mismos derechos, más aquilatados en aquellos tiempos con arreglo á las necesidades que de ellos se sentían.

Pero no se limita esa influencia mutua á la Geografía, sino que tiene más intensa trascendencia social.

Circunscribiéndonos a una villa riojana de nombre tan navarro como Navarrete, vemos figurar como Alcaldes y Gobernadores de su histórico castillo en el siglo xvi nombres tan vascos como Arias, Lariz, Vizcaya, Barragán, Arriarán, Belaundia, Yanguas, Gayangos y Díaz de Fronda; en el xvii, a López de Zárate, Boliaga, Gamarra, Salazar, Gómez de Butrón, Marroquín, Zúñiga y Heredia. Y corrientes son allá los apellidos Viniegra, Angulo, Samaniego, Loyola, Sáenz de Buruaga y Gandarias.

Alcaldes corregidores del ilustre Ayuntamiento de Logroño se han llamado Sagarra y Gamboa, Barrutia, Salazar, Aguirre y Loyola, Ariz y Orive, Harduy, Echaiz y Arriaga.

Y los apellidos vascos son hoy día corrientes en toda la Rioja. Un pueblo relativamente moderno, puesto que su origen se remonta á fines del siglo xviii, llamado Pradejón, sito en el confín de Navarra, aquende el Ebro, está formado casi íntegramente por familias apellidadas Ezquerro.

Aransay, Echevarría, Arizmendi, Arza, Apellaniz, Saracibar, Aréjula, Iradier, Sagasta, Zubizarreta, Ascacibar, Madurga, Azpilicueta, Baroja, Iturriaga, por no citar más, son apellidos bien conocidos en la Rioja, y como caso curioso citaré que en los Portales de Logroño, en el centro de la capital rioja, se encuentran los siguientes

nombres, casi seguidos, a uno y otro lado de la calle, sobre muestras y títulos de establecimientos: Astarloa, Alboreca, Zaldívar, Larrea, Ulargui, Maguregui, Gurrea, Echevarría, Mendi, Arazuri, Murga, Zabala, Ochoa, Larra, etc.

Y entre los muchos hijos ilustres nacidos en este benemérito rincón de España, que por el lugar que ocupa en la Península viene a ser el corazón de Iberia, se cuenta al Cardenal Aguirre; a los Arzobispos Soloaga, de Lima, y Samaniego, de Tarragona; al Obispo Vergara, de León; al General Salazar, llamado el *Cid de la Rioja*, cuya casa solariega radica en la villa vasco-riojana de Herramélluri; otro General llamado Seguro, al P. Arriaga, al célebre maestro Ortuño, al Marqués de Orovio, a Ezquerria, a Ibar-Navarro, Ircio, Monazabal, Mecolaeta, Chavarría, Olaso, Gainza, Lezcano, Gómez de Gayangos, Bastida y Hernáiz, Beroeta, Urria, González Urria, Abienzo y Marrón, Laguna, Londoño, Argáiz, González Larrauri, Orive, Jáuregui, Butrón, Ortúñez, Bazán y cien más, cuyos nombres vascos resaltan a primera vista.

Y hasta el nombre de la Basílica principal de Logroño revela un origen vasco. Pues Redonda es, según Plaza y Salazar, contracción de *erre-d-ona-da*, que significa *vuelta buena es*, en estricta concordancia vizcaína. Y ronda es contracción, a su vez, de Redonda, por lo que hacerla, equivale por eso a dar la vuelta.

La advocación vendría muy bien, puesto que significaría *Nuestra Señora de la Buena Vuelta*, esto es, del *Feliz Regreso*, mucho más lógica que lo que la materialidad de la palabra redonda revela, pues de ella sólo se inferiría una Virgen obesa o una basílica circular, conceptos ambos absurdos, ilógicos, reñidos por ende con la realidad.

En muchos pueblos de la Rioja se dice *zarramplín* al aprendiz de un oficio, que es voz, según el citado autor, de origen vasco, también, como menudamente explica en sus *Etimologías vascas del castellano*, páginas 69 y 70.

De todo lo expuesto se infiere que la región de Canta-

bria debió estar integrada no sólo por las actuales Provincias Vascongadas y Santander, sino por toda la de Logroño y parte de la de Burgos, sirviendo de límites naturales la cadena montañosa que al Sur separa aquella provincia riojana de la de Soria.

Dentro de esos límites estaba la capital, la ciudad de Cantabria, que recibió o impuso nombre a la región cantábrica, del mismo modo como Tarragona impuso el suyo a toda una vasta porción de España, y Tingis, la moderna Tánger, a toda la Mauritania occidental, hoy Marruecos. Recuérdese que todos los autores antiguos están contestes en señalar a Calagurris, la actual Calahorra, capital de la Rioja Baja, como ciudad cantábrica, según se desprende de la propia estructura de su nombre; así lo señalan Juvenal y Estrabón.

El río Ebro no fué nunca frontera radical, porque nunca los ríos fueron líneas demarcatorias naturales para los antiguos pueblos, de la misma eficacia que las altas barreras montañas, que incomunican al menos durante gran parte del año. No así los ríos que fácilmente se traspone.

No fué, pues, nunca el Ebro marca de la Cantabria antigua, de la cual la Vasconia formaba parte integrante, sino que lo fueron las montañas meridionales de la Rioja, que delimitan una región homogénea por su fisonomía geográfica y que abarca hasta las costas del mar llamado, para evidenciar los anteriores asertos, Cantábrico.

El conocimiento de la Geografía basta muchas veces para sentar conclusiones, porque los pueblos siguen obedientemente, como las aguas, el camino natural que les señala el terreno.

Y Cantabria fué el natural baluarte contra el que no pudieron prevalecer los romanos, y en nuestros mismos tiempos fué también el centro donde se refugiaron las intransigencias políticas y espirituales, como si el carácter del habitante fuese un fiel paralelo de las condiciones del terreno y a lo arisco de los montes correspondieran las an-

gulaciones del carácter, que siempre es fama fueron los montañeses tan puntiagudos de condición como los picos de las sierras por ellos poblados. Ello justifica la teoría sustentada por Herder de que el medio ambiente del país moldea el carácter del habitante, a modo de troquel.

Según Trueba, el vascuence se ha perdido en las Encartaciones hace muy poco tiempo, y el Sr. Plaza y Salazar tenía el convencimiento de que en la Rioja se hablaba el éuskera en tiempos históricos tan recientes como durante el reinado de Alfonso VIII el de las Navas, cuando los señores de Vizcaya tenían la corte de sus dominios en la ciudad riojana de Nájera.

Lástima que tan erudito autor falleciera sin dar a la estampa los estudios que sobre el particular reiteradamente prometiera y que arrojaran mayor luz sobre la influencia vasca en la Rioja, que la que yo pueda dar con este mi generoso, pero insuficiente, intento.

El célebre Barón de Humboldt, en el libro que en 1821 publicó titulado *Investigaciones sobre los primitivos habitantes de España con el auxilio del idioma vascongado*, halló multitud de denominaciones geográficas en toda la Península que tenían un origen éuskaro. Y aun extendía, allende el Pirineo, la influencia del vasco en la geografía de otros países de Europa. Y como conclusión notaba un próximo parentesco con los idiomas americanos.

¿Y cómo no han de ser todos estos parentescos muy ciertos, si el insigne filólogo Cejador afirma en su monumental obra *El lenguaje* (T. IV, págs. 472-3, 541 y 552), que tras meditado estudio puede aseverar que el éuskaro fué la primitiva lengua humana, es decir, tomándolo al pie de la letra, la anterior a la confusión de las lenguas al pie de la torre de Babel, la auténtica, por lo tanto, que Adán y Eva hablaron en el paraíso terrenal?

Ya antes se había atrevido a afirmarlo también, aunque con menos acopio de fundamento, un escondido autor de un *Alfabeto de la lengua primitiva de España*, publicado a principios del siglo pasado, y llamado Juan Bautista

Erro y Aspiroz, que hallándose desempeñando un cargo en la provincia de Soria acometió las primeras excavaciones hechas en el cerro de Garray en busca de las ruinas de la invicta Numancia.

Y antes que todos, el durangués Astarloa, en su famosa *Apología de la lengua vascongada*, publicada en 1803, había dicho también que Adán y Eva se hablaron en vascuence, con la misma seguridad como si los hubiera oído. La publicación de esta obra fué la que movió a Humboldt a ir a Durango sólo por conocer al citado autor. Resultado de su visita fué aficionarse a los estudios ibéricos, publicando su magistral obra *Urbewohners Hispaniens*.

La antigüedad del éuskera, como la lengua más arcaica que se habla en nuestros días, queda consagrada, y por tanto todo lo que se relacione con tan interesante idioma tiene un valor excepcional.

Que el vascuence se hablaba en la Rioja en la Edad Media se presume con muchos caracteres de verosimilitud. Poco a poco el castellano, irradiando su influencia por todos los ámbitos de la Península, ha ido substituyendo el habla anterior de sus pobladores hasta poder decirse que hoy se habla con caracteres de generalidad en todo el territorio nacional, salvo algunos islotes montañosos de Galicia, Cataluña y las provincias vascas. Pero como residuos del estado anterior subsisten las denominaciones geográficas como monumentos indestructibles.

Tal es a grandes rasgos el estudio que la toponimia vasca en la Rioja sugiere, asunto merecedor de que investigadores más competentes le dediquen su acendrada atención.

Pasemos ahora á estudiar las

ETIMOLOGÍAS ÁRABES DE LA RIOJA

Los árabes dejaron pocos, pero fehacientes testimonios de su paso por la Rioja. Pero no es desde el punto de vista histórico como voy a hablar de su presencia en la región,

sino sólo en el aspecto filológico, para deducir las localidades que por su etimología revelan un origen árabe.

Los mahometanos no permanecieron mucho tiempo en la Rioja, puesto que la conquista de Calahorra por el monarca navarro García VI marcó el final de su poca duradera dominación en el país. Pero durante bastantes años la frontera entre la Cruz y la Media luna pasaba por la Rioja, y el primer poeta riojano y castellano Gonzalo de Berceo habla, en su «Vida de Santo Domingo de Silos», de la inseguridad de los caminos de la región en su tiempo, donde hacían frecuentes incursiones los moros.

Es digna de señalarse la circunstancia de que los nombres árabes que subsisten en la Rioja perduran preferentemente en las regiones llanas, que los árabes prefirieron siempre a la montaña, por lo que es a lo largo del valle del Ebro donde se puede comprobar el mayor caudal de las etimologías.

En cambio están casi libres de ellas las abruptas comarcas montañosas, donde probablemente nunca llegaron a asentarse sólidamente los invasores agarenos.

Gracias a esa instintiva repugnancia que los semitas, genuinos habitantes de llanuras y desiertos, sintieron siempre por habitar los montes, pudieron salvarse el puñado de héroes que en Covadonga escribieron con su sangre y heroísmo la primera página de la Reconquista.

El nombre de la efímera corte del reino musulmán riojano, Calahorra, aunque no es árabe, puesto que desde antes ya se denominaba Calagurris, revela una evidente filiación semita, siendo el primer término un vocablo muy corriente en la toponimia de los países semitas y que unido al artículo *Al* forma el sinnúmero de Alcalás existentes en el mapa de España, como recuerdo de la dominación sarracena.

En cambio la mayor parte y más principales términos geográficos españoles que se inician con *Cala*, son de prosapia árabe inconfundible.

Calatayud es Kalat-Ayub, castillo de Ayub; Calatrava,

Kalat-Rabah, castillo de Rabah; Calatañazor, Calat-anasr, castillo del Águila; Calatorao, probablemente Kalata-al-arab, castillo de los árabes, etc.

Examinemos ahora, particularmente, cada localidad.

Albelda.

Ayuntamiento del partido de Logroño, famosa localidad en nuestros anales como cuna del primer cronicón de nuestra Historia. Su fundación se atribuye á un caudillo llamado Muza, que le puso el nombre de *Al-baida*, esto es, «la blanca», a causa de la naturaleza yesosa de sus alrededores, que le prestan un aspecto de campo perennemente nevado. Del nombre árabe de blanco se derivan las palabras castellanas *albo*, *albura* y demás parecidas.

Alberite.

Ayuntamiento del mismo partido de Logroño. A pesar de que el artículo *Al* revela á primera vista un origen árabe, Argáiz dice que esta población ya se llamaba antiguamente Berito, por lo que los invasores sólo se limitaron a anteponerle el artículo en este caso.

Pero el erudito etimologista Plaza y Salazar dice que reconoce una estructura vasca.

Alcanadre.

Ayuntamiento del partido de Calahorra sobre el Ebro.

Las principales raíces cuadrilíteras árabes que contienen los sonidos del grupo letral integrado por las *c* ó *k*, *n*, *d* y *r* son *al-kándara*, *la percha*, y *al-kandir*, *el candil*, como origen y principio de todos sus derivados.

Ninguna de ambas acepciones pueden satisfacer.

Hay, pues, que admitir como explicación razonable que el sonido fuerte de la dental *t* se suavizó en la *d* y que el primitivo *Al-cántara* se transformó en *Alcándara*,

de cuya forma puede proceder el nombre subsistente hoy. Bien es sabido lo que *al-cántara* significa en arábigo, por lo que no hay que decir que debió tratarse de un importante puente tendido sobre el Ebro por los mismos árabes para la comunicación con las regiones de allende el río. De la obra de fábrica quedan en efecto algunos vestigios como prueba de la verosimilitud de la etimología apuntada.

Por eso resulta aquí tanta redundancia decir el puente de Alcanadre como el de Alcántara, y dondequiera subsista un Alcántara y un puente, porque equivale á decir en dos idiomas distintos *el puente del puente*. Y lo mismo que decimos de esto pudiera formularse respecto a otras muchas palabras hispanoarábicas.

Alfaro.

La explicación de la etimología de esta importante cabeza de partido judicial no ofrece, en mi concepto, mayor dificultad.

Reconoce la misma explicación que el término hispanoarábigo *alfar*, de donde procede *alfarería* y todos sus derivados. Su solo enunciado nos releva de más amplias explicaciones.

El célebre filólogo Pedro de Alcalá, en su famoso «Vocabulario Hispanoárabe», la primera obra castellana sobre filología arábica, publicada en los albores del siglo XVI, dice que dichas palabras reconocen como origen la árabe *Fajar*, que traduce por «hacedor de barro, jarrero», forma de *jalfa*, que es un junco acuático, especie de esparto cuyas cenizas se empleaban en la fabricación de vasijas de barro.

Al-far en árabe significa *ratón*. Pero no creo que la abundancia de estos simpáticos cuanto destructores roedores, terror de las despensas bien surtidas, fuera tanta que quedara perpetuado en el nombre de esta localidad.

Algunos autores quieren ver una derivación griega del

Faro alejandrino, pretextando que el emplazamiento de la localidad sobre una enhiesta altura sobre el curso del Ebro permite suponer que sobre su eminencia pudo asentarse un faro, ya que los griegos penetraron por el valle del Ebro, cuyo curso era navegable hasta la importante ciudad de Varea, cerca de Logroño.

Hay un puerto meridional en Portugal llamado Faro, que parece conservar el nombre propio semita de Arún, que ostentaba el hermano de Moisés. En la Edad Media suena dicha localidad con los nombres de Faaron, Faroom, Farao, y solamente desde el siglo XVI se le nombra como ahora, Faro, según expone David López en la *Toponimia árabe de Portugal*, publicada en la *Revue Hispanique*, tomo IX, páginas 63-74. Es decir, que ni aun en un puerto de mar se justifica el nombre con el apelativo de *Faro*. Más bien aquí es el nombre egipcio de Faraón el que juega y no el de la alejandrina antorcha.

El único sitio donde el nombre griego estaría justificado es en el monte llamado bilingüemente Gibralfaro, que domina la ciudad de Málaga, porque realmente era sitio propio para que un fanal guiase á los navegantes. Pero para mí tengo que el servicio de faros debía estar bastante descuidado en las primeras edades históricas, y probablemente ni aun en el monte malacitano debió existir nunca ningún faro. Pero al menos la proximidad del mar abona como verosímil la suposición. Pero poner faros sobre el Ebro era un lujo a que no se ha llegado aún en nuestros días en el servicio de señales marítimas; porque no un faro, sino una verdadera alameda de faros deberían escoltar a los ríos navegables a una y otra orilla, suponiendo un gasto considerable que no está en relación con la importancia que tiene la navegación fluvial.

Por lo tanto, la etimología griega de Alfaro debe rechazarse por inverosímil e incluirla en la categoría de las que se formulan guiándose literalmente por el valor fonético de los nombres, cuyas verdaderas etimologías no coinciden con él siempre.

Alhama.

En Cervera y en Aguilar, cabeza de partido y pueblo del mismo, respectivamente, se conserva uno de los términos que más abundan en la toponimia árabe de España y que es una simple abreviación de *Al-Jamám*, que significa *baño*, denominación justificada por el establecimiento minero-medicinal existente en la cabeza de partido.

Almárza.

Ayuntamiento del partido de Torrecilla.

Al-marza en árabe es *puerto*. Seguramente aquí se toma como en castellano, en sentido orográfico, aun cuando no recuerde que en Marruecos ni en ningún país musulmán se emplee indistintamente como en nuestro idioma para designar tanto los puertos marítimos como los de montaña, pues para eso emplean los árabes de preferencia el término *bab*, que equivale á *puerta*.

La existencia de este evidente nombre árabe en plena región montañosa de la Rioja, priva al P. Anguiano de la satisfacción con que exclamaba en su *Compendio historial de la Rioja*, refiriéndose al monasterio de Valvanera: «Nunca, decía con satisfacción, esta sagrada mansión fué profanada de moros, y no hay en toda esta tierra antigüedad ni rastro, ni jamás ha habido, de vivir musulmanes en ella, como lo hay en todas las demás regiones que después de invadir la España poseyeran».

Asa.

Villa que estaba situada á la orilla izquierda del Ebro, frente al puente Mantible, y despoblada desde largo tiempo atrás, puesto que ya Moret en 1677 la daba en ruinas. El antiquísimo puente Mantible fué famoso en la historia de los Doce Pares de Francia y otras leyendas del tiempo

de Carlo Magno. De él sólo existen hoy restos de dos arcos, como pruebas de su emplazamiento, cada uno a entrambas orillas del Ebro: uno a la parte del Cortijo, en tierra riojana, y otro a la lindante con Alava. Parece ser que fuertes avenidas destruyeron los cinco arcos de este puente en el siglo XI.

Asa fué una de las villas que el Rey García IV de Pamplona y I de Nájera donó el año 926 al monasterio de San Millán y a su abad Gomecano, en unión de la villa de Logroño, que por primera vez se menciona en la Historia, por lo que se puede colegir por este dato la fecha aproximada de su fundación. La escritura de donación consta en el libro de becerro de San Millán, y la transcribe Moret en el tomo II, capítulo I, números 2 y 5 de sus *Anales*.

Asa pudo ser fundada por los moros, como parece deducirse de su verosímil etimología, pues puede traducirse por «centinela» o «guardia», siendo de notar la coexistencia en la Rioja alavesa de una población llamada precisamente Laguardia.

Es permitido pensar que Asa se denominó así por su situación a vanguardia de los dominios árabes de la Rioja, lo que la convertía en una especie de fortaleza adelantada sobre las fronteras cristianas, por lo que su nombre estaba de sobra justificado.

Azofra.

Ayuntamiento del partido judicial de Nájera.

En el nombre de esta localidad se reconoce claramente la etimología *safr*, que se traduce por *amarillo*.

De esa radical proceden, tanto en árabe como en castellano, los términos *azufre*, *azafrán* y *zafra*, cuyas significaciones entrañan la idea de lo amarillo, inseparable en el mineral sulfúrico, en los aromáticos pistilos colorantes y en el aceite. En farmacia se denomina, por ende, azafrán de Marte a la herrumbre del hierro, por justificada metáfora colorante.

Sin embargo, el término puede considerarse también de carácter filológico más general, pues sin creer que su origen se remonte, fonéticamente al menos, al sánscrito, por creerlo de origen más próximamente semita, nos encontramos con que *azufre* se dice en latín *sulphur*; en italiano, *solfo* y *zolfo*; en francés, *soufre*; en provenzal, *solfre* y *sulfre*; en catalán, *xofre* y en valón, *souf*.

La Academia de la Lengua hace derivar *azufre* del latín en vez del árabe, cuando más sensato fuera reconocer al menos la paternidad simultánea arábiga también, ya que el nombre del azafrán que la docta Corporación hace provenir del árabe es una simple derivación fonética de la denominación que se da al *amarillo*, por ser el *azafrán*, como el *azufre*, dos substancias amarillas por antonomasia.

Azafrán, en efecto, se dice en árabe *safrán*, de donde procede no sólo nuestro nombre castellano, con el indispensable artículo arábigo solarizado (1), sino el *zafferano*, italiano; el *açafrao*, portugués; el *safleur* ó *safior*, del francés antiguo; el *safran*, del moderno, y el *safrá*, catalán.

Zafre en castellano procede igualmente del árabe *sufr*, «cobre amarillo», según Dozy, diciéndose la equivalencia francesa *safre*, y en italiano *saffera*.

Pedro de Alcalá traduce también por *herrumbre*, aludiendo a la semejanza del color.

Zafra lo hemos tomado como vasija del amarillento *aceite* para justificar su etimología. Pero existe también la *zafra*, recolección de la caña de azúcar principalmente, que según la Academia procede del árabe *zaferia*. Pero se da la circunstancia de que también la caña de azúcar es amarilla.

(1) En árabe la *l* del artículo pierde su valor delante de determinadas letras, llamadas solares, entre las que figura la equivalente á la *z*. Así, pues, aunque en árabe se escriban las letras *al-zafrán*, se pronuncia *az-zafrán*.

Viniendo a la cuestión, acabaremos diciendo que la etimología amarilla de Azofra es evidente, a mi parecer, sin podernos explicar, empero, su justificación.

Porque Barcia interpreta *azofra* por *carga concejil*, apoyándose en la autoridad de Muñoz (Fueros, 1248), y las etimologías que da revelan una inverosímil permuta de las letras, puesto que *as-sokhra* se convierte en *az-zofra*. En realidad el famoso etimologista, desconocedor del valor fonético de las letras árabes, sin duda ignoraba que los arabistas franceses, en cuya autoridad fundamenta su etimología, transcriben el fuerte sonido de la *j* por la *kh*, porque en francés no existe lo más viril de las consonantes.

De aquí que la transcripción anteriormente anotada deba leerse *as-sojra*, para estar más conforme con el árabe. Y de aquí es de donde, en concepto de Barcia, procederá *azofra*.

Govantes, muy parco en las etimologías, dice, sin embargo, respecto á esta localidad, que «es voz árabe que significa la contribución personal ú obligación que tenían los vasallos de labrar las heredades del señor por una corta recompensa».

Como esa prestación personal era institución general y no peculiar de esta localidad, de aquí que no considere lógica esta etimología.

Cidamón.

Ayuntamiento del partido de Santo Domingo de la Calzada. El *Cid* inicial es inequívoco de que debe tratarse de un nombre propio, siendo éste la segunda parte. Bien pudiera ser la combinación arábica de Sid-Jamú, nombre asaz corriente en los países musulmanes.

Cidacos.

El nombre de este afluente del Ebro revela una estirpe árabe por el *Cid* inicial, si bien sea extraordinaria.

mente raro denominar un río con el vocablo reservado al Señorío.

Pero es más curiosa aún la segunda parte del nombre, que pudiera relacionarse con el vocablo que en arábigo se da á *arco*.

Ya existe en Marruecos un río de la importancia del Lucus que desemboca por Larache, en el que, aunque algunos autores quieren ver una derivación de la antigua población de Lixus que se asentó en la orilla derecha, otros, entre ellos el sabio y erudito D. Teodoro de Cuevas, Cónsul de España que fué en dicha plaza, pretende ver una corrupción de *Al-akwas*; esto es, que *uad Lukus* viene a significar *río de los arcos*, por lo muy voluble de la corriente, que forma pronunciados zigs-zags como arcos. Ya en la antigüedad se comparó al Lukus con un enorme dragón, por sus pronunciadísimos meandros que defendía con sus fauces la temible barra de su desembocadura que absorbe las embarcaciones en sus remolinos, el celebrado jardín de las Hespérides, donde se guardaban las mitológicas manzanas de oro; mito que parece puesto en claro, siendo las naranjas que tanto abundan en la región de Larache las pretendidas manzanas de oro, y el famoso jardín, los espesos naranjales donde se daban las refrescantes frutas.

No sin temor me aventuro a dar la expresada etimología de este río riojano de Cidacos, pues sé que en materia de etimologías conviene marchar pausadamente, por ser terreno resbaladizo, propenso a caídas importantes, pues no ignoro que Cidacos es nombre que se da en varias regiones de España, y que antiguamente se le denominaba también Sadacos.

Galilea.

Ayuntamiento del partido de Arnedo.

¿Quién hubiera de imaginarse que un rincón de la Rioja habría de denominarse con nombre tan genuina-

mente semítico como el que recuerda el nombre antiguo y verdadero de la Tierra Santa?

Pues en efecto, Galilea es una forma corrompida del clásico término árabe *Kalá*, que subsiste en el sinnúmero de Alcalás existentes en España, y que en todos los países musulmanes se da con una profusión extraordinaria en sus respectivas toponimias como el término más común sin disputa de sus denominaciones geográficas.

El territorio de Melilla pertenece á la confederación de kabilas berberiscas arabizadas de estirpe zeneta llamada de Kalaia, que los indígenas dulcifican convirtiendo en Guelaia, obedeciendo a la ley constante en fonética del menor esfuerzo, al adaptar un vocablo de origen exótico como para ellas es, aunque parezca paradoja, el árabe, que en Marruecos es de origen alienígena y no aborigen, como es el berberisco.

En territorio italiano, sobre todo en la isla de Sicilia, donde llegó la invasión agarena, el término *kalá* se conserva más en su forma clásica, aliada á nombres de distinta estructura, como Caltabellota, Caltag'rone, Caltanissetta, Caltabuturo, etc.

Kalá significa tanto como castillo sobre una eminencia, dándose por extensión el nombre a toda altura natural estratégica.

Haro.

Haro debe ser corrupción de Faro, por lo que me remito á lo que sobre Alfaro se dijo, afirmándonos más aún en la importante é industriosa capital de la Rioja Alta, porque de antiguo fué la industria alfarera una de las más importantes de la región.

También pudiera verse en su nombre vestigios del *uri* vasco, que forma una ininterrumpida cadena á lo largo del río Tirón. Pero no acertaríamos á explicarnos el por qué de haberse variado sólo aquí, cuando en las demás

localidades se ha conservado sin corrupción y como término unido a otro más determinante, que en Haro falta.

Herce.

Ayuntamiento del partido de Arnedo.

En rigor la etimología de Herce fuera mejor berberisca, si no es que la denominación haya venido por conducto de los árabes, que tienen incorporado á su idioma este nombre como el castellano, alerce.

Devic llama *al-arz* al pino y todo árbol de savia resinosa, y Bechter sólo al cedro.

Pero el primer origen de ambas denominaciones es berberisco, habiendo llegado al castellano por conducto del árabe, según se desprende del artículo árabe incorporado a la formación castellana, y con el cual se han formado ilógicamente la inmensa mayoría de los nombres hispano-árabes, en los que se repite innecesariamente el artículo, unas veces en honor del árabe y otras por necesidades gramaticales propias.

Los alerces debieron abundar en épocas pretéritas en derredor del pueblo que nos ocupa, cuando le impusieron nombre.

Como existe otra localidad riojana designada con parecido nombre, Arce, que ya existía en la antigüedad con el nombre de Arzahez, es presumible que el origen del nombre de ambas localidades se remonte á época anterior a los árabes, hasta las edades primitivas de los iberos tal vez, ya que su parentesco es bien evidente.

Madrid.

Lugar perteneciente al término municipal de Cidamón, partido judicial de Santo Domingo de la Calzada.

Seguramente que habrá muchas personas que ignoren que en el centro mismo de la Rioja Alta exista una localidad llamada Madrid, y de los Trillos por añadidura, para

no confundirla sin duda con este Madrid a secas, que no logra mojar el Manzanares, y que por la multiplicidad con que se da el término en la Geografía de España y aun en el extranjero, debería, al uso francés y alemán, distinguirse por Madrid sobre el Manzanares.

Así como se supone un origen árabe no suficientemente explicado á la capital de España, también es verosímil suponer que este modesto rincón riojano, pero de abolengo, lo tuviera. Pero es el caso que aunque en el día de hoy sólo subsiste un Madrid, en la Edad Media había otro en el valle de San Millán, donde Alfonso VII el Emperador tenía palacios, por lo que este riojano Madrid pudiera disputar, de subsistir, a la actual villa y corte la prioridad en la capitalidad de España.

Más adelante me ocuparé sobre el particular, porque antes hay que precisar la etimología madrileña.

Ma en árabe es *agua*, y es lo único que se puede sacar en limpio, como no podía ser menos tratándose del precioso líquido que todo lo limpia. En cuanto a la segunda parte del nombre ya es otra cosa, y ninguna de las etimologías dadas actualmente para la capital de España satisfacen plenamente. Lo que resulta extraño, admitiendo el origen árabe de la palabra, es que no subsista el indispensable artículo *al*, que casi siempre precede á las voces y términos geográficos hispano-árabes, aun cuando haya sus múltiples excepciones. De todos modos la transcripción más corriente es hacer venir el nombre de la capital de España de *Al-magerit*. Descomponiendo en sus elementos esta transcripción y conviniendo que *Al-ma* es *el agua*, queda *gerid* o *yerid* como elemento a identificar. Y ni que decir hay que debe referirse a una calidad de las aguas.

Y no recordamos más que el vocablo *yerida*, que literalmente significa *noticia*, y por extensión, como en castellano, *nueva*, aunque el término preciso de *nueva* en árabe sea un vocablo de análoga estructura, *yedid*. ¿Significa *al-ma-yerid* o *al-ma-yedid*, *el agua nueva*, conforme a la interpretación apuntada?

No me atrevo a asegurarlo formalmente, porque la afirmación absoluta sería aventurada. Me limito únicamente a aportar mis observaciones al acervo de los más eruditos y competentes.

Por último, señalaré la circunstancia de existir una tribu berberisca en el Norte de Africa que se llama precisamente Yerid.

En caso de que la etimología fuese *al-ma-yedid*, el nombre primitivo de Madrid sería paralelo del célebre fondak del camino de Tetuán á Tánger, tantas veces recorrido por mí en mis pasados viajes marroquíes, y que se llama más precisamente *fondak men Ain-yedida*, esto es, *Posada de la Fuente o manantial nuevo*, puesto que literalmente ain es «ojo», y se aplica por metáfora a todo brote de agua viva, con excepción de los pozos, a los que en rigor cabría con más propiedad llamarles *ojos*, y *negros* por añadidura. Pero como no es la lógica la que siempre impera en la boca de los pueblos, *pozo* dice en arábigo *bir*, es decir, como en las lenguas germánicas *la cerveza*. Mas, desgraciadamente para sus bebedores, aún no se han descubierto pozos de cerveza.

Pero volviendo al lugar riojano, del que nos hemos apartado algún tanto, diré que su antigüedad está acreditada por múltiples documentos, entre ellos una escritura de donación del tercio de los diezmos que el Obispo don Rodrigo Cascante hizo al Cabildo de Calahorra en el año de 1156, en la que entre otros pueblos se citan los de Matute, Matrice y Villalobar, como consigna Llorente en el *Apéndice a las Noticias de las Provincias Vascongadas*, número 132.

Pues bien; dicho pueblo Matrice, parece ser el Madrid de los Trillos actual, confirmándolo la escritura 193 del mismo Apéndice, que se refiere a la asignación de rentas a la mesa capitular de Calahorra hecha por su Obispo don Juan de Préjano en el año 1200, en la que también se leen los mismos pueblos, rectificándose el nombre de Madrid con el que actualmente lleva. Es decir, que ya en 1200

se llamaba el Madrid riojano, como el madrileño, si vale la redundancia.

El lugar ha pertenecido durante varios siglos al Estado de Cidamón, señorío de los Condes de Hervías, hasta hace unos cincuenta años en que al morir el poseedor de este título y abolidos los mayorazgos se dividió entre dos de sus hijos.

Hoy es el centro de una gran explotación agrícola moderna, dirigida por su actual propietario, descendiente de la ilustre familia de los Condes de Hervías y Torremoncalvo, D. Manuel Hidalgo de Cisneros, que tiene convertido Madrid de los Trillos en una verdadera granja modelo, dotada de la maquinaria más moderna que se conoce.

En el término municipal hay otros lugares pertenecientes también al mismo señorío, que llevan los nombres de Toledo y Bilbao, con la friolera de 20 y 8 habitantes, respectivamente, por lo que no es probable lleguen á eclipsar las poblaciones de la imperial ciudad y de la invicta villa del Nervión.

Es curioso hacer observar la coincidencia de existir otro Toledo en el término de Mohedas de la Jara, también donde hay precisamente otro Madrid.

Este Toledo es más importante que el riojano, pues cuenta con 41 habitantes.

Aun existió otro Madrid en la Rioja. Era antigua villa cabeza del valle de San Millán, que se fué despoblando á medida que aumentaba la población de la villa formada en derredor del famoso Monasterio.

De este antiguo Madrid han quedado los vestigios en una humildísima ermita, llamada de San Miguel del Llano, donde los vecinos de las aldeas comarcanas se reunían para celebrar consejo general en memoria de la localidad desaparecida que en un tiempo fué la capital del valle.

En las cédulas manuscritas de dicho Monasterio, existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, que contiene las anteriores noticias, también consta que el nombre de Madrid quedó reducido a Berceo, San Andrés y Estollo.

De esta antigua y desaparecida villa de Madrid quedan bastantes noticias.

En el año 1030 D. Sancho el Mayor, para memoria y honor de la traslación del cuerpo de San Millán, dió al Obispo D. Sancho, Abad de San Millán, un villaje cercano que se denominaba Madrid, como consta en el tomo 33 de la *España Sagrada* (año 1014, Obispo de Alava, Munio, página 241, número 3).

En 1092 D. Alonso IV concedió comunidad de pastos al Monasterio de Valvanera con las villas de Matute, Tobia, Villanueva, Anguiano, La Matriz y otras.

El Emperador D. Alonso VII, el día 10 de Noviembre de 1172, año en que murió el Rey de Aragón, dió también a San Millán una serna en Alesanco y los palacios que tenía en Madrid con todas sus heredades, lo que prueba que fué en aquellos distantes años capital de un Emperador, puesto que poseía allá alcázares.

Pero en el año 1137 volvió el Monarca a la Rioja y asistió el 2 de Noviembre con la Emperatriz Doña Berenguela a la función que el Monasterio hacía con motivo de la consagración de la iglesia, y con ese motivo ofreció al santo la villa de Madriz. Así lo dice Sandoval en el párrafo 81 de la «Historia del Monasterio».

Llorente copió la escritura de donación de ese Madrid en el número III del Apéndice a las *Noticias*, tantas veces citadas. El Obispo D. Sancho de Calahorra, que consagró la iglesia, es uno de los confirmantes de la donación, y cedió á su vez, con sus arcedianos de Calahorra, Nájera, Alava y Berberiego y otros clérigos, la parte de diezmos que les pertenecía.

Otra memoria más antigua de Madrid cita Sandoval. Govantes presume pueda ser otra localidad así llamada. Dice así el documento: «D. García Sánchez, Rey de Pamplona, lega al Monasterio de Pampaneto el lugar de Senzano y cuatro celemines de sembradura (modus siminatura), in Matric, Era 929».

Pero como en este caso serían ya tres los Madrid exis-

tentes y de este tercero no hay más que esta remota noticia, nada se opone para que se relacione con el Madrid del valle de San Millán, pese a la valiosa opinión contraria de Govantes.

Con todos los anteriores auténticos documentos se demuestra la existencia de otra antigua población en el valle de San Millán, además del Madrid de los Trillos, existente en nuestros días, y cuya verdadera antigüedad no se puede averiguar.

La relación repetida de los nombres de Matute, Madrid y Villalobar pudiera aclararnos a qué Madrid se refieren dichos documentos, si al subsistente ó al desaparecido, si no se diera la circunstancia de que cada uno de ellos estuviera en las proximidades de las otras dos villas. Matute, efectivamente, está en el valle de San Millán, y Villalobar junto al río Glera, cerca del actual Madrid de los Trillos. Resulta, por lo tanto, difícil poner en claro la cuestión. Sólo resalta como evidente que existió un Madrid en cada uno de los valles de San Millán y del Glera.

En tiempos de Alfonso VIII de Castilla ocurrió un caso singular en el antiguo Madrid, que revela las costumbres de aquellos tiempos en pleno siglo XIII.

Disputaba Madrid con la villa de Villagonzalo, hoy Badarán, la pertenencia del término de la Cabaña de Pradilla, y remitieron la decisión del litigio al juicio de batalla, más lógico dentro de su barbarie que el juicio de la guerra entre los pueblos, subsistente en estos tiempos de decantada civilización.

Dos esforzados campeones se pusieron frente á frente en el campo designado para la contienda, ocupado por una concurrencia numerosa formada por todos los interesados de ambos pueblos y desinteresados espectadores de toda la comarca, pues los espectáculos de sangre siempre tuvieron grandes atractivos en toda época.

Comienza la gesta y los combatientes requieren los aceros para el mortal torneo. Golpéanse con furor los cascos, los escudos hasta hacer mella en la carne. Largo tiempo

dura el palenque, venciendo al cabo el de Villagonzalo, que deja maltrecho y moribundo al sostenedor de los derechos de Madrid.

Con ello queda decidida la victoria, y mientras un hombre agoniza desangrándose a raudales, la multitud neutral, unida a los coterráneos del vencedor, le aclama con entusiasmo. Así quedó dirimido el pleito radical y definitivamente, y el término disputado quedó por Badarán.

Bárbaro era este juicio de Dios; pero el sacrificio de un solo hombre que voluntariamente aceptaba los honores del triunfo o su muerte resignadamente, con estóica fe, era preferible a la guerra con que en nuestros días los pueblos dirimen sus diferencias diplomáticas.

No volvió más a turbarse la buena armonía entre las villas vecinas, porque la fe en los juicios de Dios era absoluta y la derrota del madrileño riojano era prueba evidente para todos de que no tenía razón Madrid en pretender el apetecido término de Cabaña de Pradilla.

¡ Siglos felices aquellos en los que la fe ardiente salvaba de mayores calamidades! ¡ Infelices estos desdichados tiempos en que la soberbia de los hombres apagó las luminarias del cielo e hizo desaparecer la fe de los escépticos corazones.

Ya que nos ocupamos de Madrid agotaremos el tema, señalando el importante papel geográfico que el nombre tiene en todas las latitudes.

Por lo que toca á España, existe una localidad así llamada en la provincia de Toledo, como agregada al término municipal de Mohedas de la Jara, del partido judicial del Puente del Arzobispo, con unos 66 habitantes, según el último censo, y otra diferenciada por el aditamento de las Caderechas, con 85 habitantes, agregada al término de los Altos, perteneciente á la antigua merindad de Valdivielso y al actual partido de Villarcayo, de la provincia de Burgos.

Madoz cita en su conocido *Diccionario geográfico* dos casals de campo llamadas Madrid en la provincia de Ciu-

dad Real, una en el término de Alhambra, partido de Infantes, que decía no existía ya en sus tiempos, a pesar de constar aún en el mapa en 1847, y otra en el término de Almagro, existente cuando el autor escribía.

En el extranjero existen los siguientes accidentes geográficos y localidades señaladas con el mismo nombre de la capital de España:

Una punta de Chile, en las costas del departamento de Arica, provincia de Tacna, la irredenta peruana, a los 18° 59' 36" de latitud y al Norte de la desembocadura del río Camarones.

Una cañada del Uruguay, departamento de Soriano, que cruza el camino de San José a Dolores.

Un distrito de la provincia de Facativá, departamento de Cundinamarca, en Colombia, con 1.660 habitantes. Antes se llamaba Serrezuela, pero la asamblea del departamento varió el nombre en honor del ilustre patricio D. Pedro Fernandez Madrid, que pasó allá los últimos años de su vida.

Esto en lo que hace a la América española.

En la del Norte, donde tantos nombres españoles geográficos subsisten, hay dos poblaciones llamadas Madrid.

Ambas son de análoga importancia por su población. Una está en el Estado de Yowa, Condado de Boone y contaba con 1.191 habitantes en 1910. Otra es la sita en el Condado de Lawrence, Estado de Nueva York, que pese a estar considerada modestamente como aldea, como todo ha de ser grande en Yanquilandia, tiene también sus 1.000 habitantes aproximadamente. Está situada al Este Nordeste de Ogdensburg, a orillas del Grass River, sobre el ferrocarril de aquella localidad a Rouser Point. Tiene grandes fundiciones, cuya industria da vida a la población.

Otro nombre se señala en la Geografía, histórica por añadidura. Y es el castillo llamado de Madrid, que existió en Neuilly sobre el Sena, en los alrededores de París. Fue construido en 1529 por orden de Francisco I, dándole los cortesanos ese nombre con objeto de recordar al Monarca su cautiverio en la torre madrileña de los Lujanes.

La dirección de las obras estuvo encomendada al arquitecto famoso Jerôme della Robbia. La Corte lo habitó poco. En tiempos de Luis XIV y Luis XV, en virtud de concesión real, pasó a ser morada de algunos Príncipes de sangre real, como Mlle. de Charolais y el Príncipe de Conti.

El edificio cayó en estado ruinoso durante los últimos años del antiguo régimen, haciéndose preciso demolerlo. Un hotel ocupa hoy parte de su emplazamiento, habiendo sido agregado el resto al bosque de Bolonia. Posteriormente se han construído varias casas, que forman un pequeño lugar en recuerdo de la antigua mansión real.

Nájera.

Algunos autores señalan una etimología que significa *entre piedras*, justificada por estar asentada sobre abruptas rocas que emergen de la llanura, lo que hace más significativo el contraste y más exacta la apelación.

«Piedra» en árabe es *jáyera*, por lo que el término ha sufrido una total modificación en su estructura para formar el nombre actual, como se vé.

Sin negar la verosimilitud de la señalada etimología, haré notar sin embargo que en árabe literal existe la expresión *nayara*, «tiempo caluroso», «acceso de sed», y que en sentido traslaticio, refiriéndose a lugar donde reina calor, puede denominarse *tierra de secano*. Así lo expresa Martínez Pajares (190), al hablar de la etimología de la kabila marroquí de Anyera, comarcana de Ceuta, sobre el Estrecho de Gibraltar, cuyas letras radicales coinciden con el nombre de *nayara*, que antes se daba a la antigua Corte de los Reyes de Navarra.

Ollora.

Lugar de Santo Domingo de la Calzada.

Puede reconocer la etimología *ayur*, «ladrillo», exis-

tiendo una localidad en la provincia de Valencia llamada con nombre parecido, Ayora, y otra en la de Granada, que se denomina Illora.

Quel.

Ayuntamiento del partido de Arnedo.

Este nombre pudiera ser una corrupción del clásico término *Kalá*, del cual nos hemos ocupado extensamente al hablar de Galilea.

Efectivamente, en el voto del Conde Fernán González se dice *Kelle*, refiriéndose a esta villa, cuya semejanza fonética con *kalá* no hay para qué encarecer.

Villabenazar.

Antiguo lugar del término de Grañón, en el partido de Santo Domingo de la Calzada.

En la segunda parte de este nombre pueden reconocerse las voces árabes *Ben* y *Nasr*, que dan origen á un nombre muy común en los países árabes, existiendo precisamente una kabila del Rif incluída en nuestro mezquino Protectorado que se llama Beni-Bu-Nasr, que se traduce los *hijos del protector*.

Pero también puede significar aquel nombre *hijo de la victoria*; del segundo término se forma también *al-mansur*, «el victorioso», y se deriva el nombre de la dinastía Nasarita.

También dicese *águila*, en árabe *nasr*, estribando las diferencias fonéticas, casi imperceptibles en las transcripciones, en simples énfasis de pronunciación, de cuyas innecesarias complicaciones adolece en demasía la lengua arábica. Así Calatañazor reconoce la etimología de *Calatan-nasr*, ó sea «castillo del águila» ó del «azor», voz derivada del árabigo también.

Govantes escribe Villavenazar, pero la permuta de la *b* por la *v* es sabido que no tiene la menor importancia.

Cerca existe un encinar que dicen las crónicas ganó también un vecino de Grañón peleando con otro de Santo Domingo por el mismo procedimiento del juicio de batalla, como fórmula expeditiva y rápida para dirimir cuestiones entre pueblos litigantes.

El terreno disputado era una dehesa llamada Ra, próxima a la ermita de Nuestra Señora de Carrasquilla, poblada de robles y encinas.

La lucha se verificó a media legua de los dos pueblos, en un sitio denominado *la Cruz de los valientes*, que por el nombre parece lugar reservado para los sangrientos torneos.

Martín García se llamaba el defensor de los derechos de Grañón, quien sólo pidió en premio de su valor, si venía, que todos los domingos se rezare un Padrenuestro y un Avemaría en la iglesia de la localidad, al momento del ofertorio de la misa, en sufragio de su alma, y sin duda para perdón del homicidio que le había de valer la concesión de tales sufragios. Porque si no mata no le conceden de seguro esos rezos, en castigo de su debilidad. Tuvo que ser homicida para asegurar á su alma unos sufragios perpetuos.

Extraña religiosidad y psicología la de esos predecesores nuestros en la vida, que hasta en las empresas más nefandas invocaban el favor divino y se aseguraban de antemano el perdón antes de pecar deliberadamente. Algo parecido a los que toman a Dios por testigo de la rectitud de sus intenciones en sus malas acciones.

En una donación hecha por D. Rodrigo de Morales al Monasterio de Premostratenses de Bugedo se cita una divisa en Villavenazar.

El lugar ha desaparecido y sólo se conserva su recuerdo histórico y el de su emplazamiento, como un documento más que perdura de la dominación musulmana en la Rioja, siendo curioso señalar la existencia de una localidad en Navarra, perteneciente al partido de Estella, llamado también Nazar, por no abundar las etimologías ára-

bes en la toponimia de los países vascos, donde los árabes apenas si penetraron.

En Castellón hay un Benasal, y en Murcia, Benizar. Existe mucho el apellido Bennasar en Levante y en las islas Baleares.

Villamediana.

Ayuntamiento del partido de Logroño.

En Villamediana, como en la anterior localidad, se reconoce el maridaje de una voz tan castellana como su primer elemento y el de un vocablo árabe, fenómeno bilingüe no muy frecuente en toponimia.

Aquí el segundo término pudiera ser el clásico vocablo árabe *medina*, que como es bien sabido significa «ciudad».

Seguramente si existía ya en los tiempos de la dominación musulmana en la Rioja, debía tener un segundo aditamento distintivo, puesto que *medina* es un término gramatical que nada determina. Los castellanos, al reconquistar la localidad, suprimieron en aras a la brevedad la segunda parte del nombre arábigo y formaron una denominación bilingüe con el castellano *villa* y el árabe *medina*, por lo que Villamediana viene á significar exactamente «Villa-ciudad».

Hay quien pretende que se llamó *mediana* por estar entre Varea y Alberite, dejándose guiar por el valor literal de las palabras. Pero según tan peregrina teoría todas las villas serían medianas entre sí. Así y todo sería difícil llamar á muchas villas medianas, porque abundan por desgracia las que son peores que medianas.

Existe además en la provincia de Soria, no lejos de los límites de la de Logroño, una *medina* árabe, Medinaceli, que significa «Medina Selim», o sea la ciudad de Selim, cuya existencia tan próxima hace posible emitir la hipótesis de que también en Villamediana sea árabe el segundo término.

La única población árabe que se llamó sólo Medina, es

la ciudad santa por antonomasia de la Arabia. En Córdoba en tiempos del califato, existió la Medina-az-zahra, que era una mansión de delicias, una especie de Versalles andaluz, ó La Granja.

En Marruecos no recuerdo exista población que se distinga por el solo nombre genérico que me ocupa. Sólo existe una alcazaba en territorio de Chauia, la comarca vecina del importante puerto de Casablanca, que se llama de Mediuna.

Poéticamente se denomina también *Medina-az-zaitún*, esto es, la «ciudad de los olivares», a Mequinez (Miknás, en árabe), una de las capitales del fenecido Imperio del Magrib-al-aksa. Por cierto que es curioso el origen que la tradición atribuye á los seculares olivos que rodean en espesa cintura el perímetro de la imperial ciudad, donde es fama se guardaban en un lóbrego subterráneo los tesoros del Imperio marroquí, guardados por centenares de esclavos ciegos, a quienes de intento se les había sometido a la horrible quema de los ojos, todo lo cual no pasa de los límites de una leyenda terrorífica, reportada por fantásticos viajeros.

Dícese, y esto parece también una leyenda oriental, que el famoso y sangriento Muley Ismail puso sitio á Mequinez en una de tantas guerras civiles como frecuentemente ensangrentaban el suelo marroquí. Plantó en su derredor un copioso campamento, para estrechar de tal modo el cerco que fuese imposible a los sitiados recibir el menor recurso de fuera.

Tanto duró, empero, el tesón de los sitiados y tanto se prolongó en su consecuencia el sitio, que los mástiles de las tiendas de campaña, que eran troncos de olivos, reverdecieron y formaron un espeso bosque en derredor de la ciudad.

Terminaré esta digresión, á que ha dado lugar Villamediana, conduciéndonos allende el Mediterráneo, diciendo que el Sultán Muley Ismail, uno de las Soberanos más importantes de la Historia durante el siglo XVIII, tuvo en su

harem la friolera de 2.000 y pico de mujeres, elevando la institución del harem a su más elevado grado de apogeo. De ellas tuvo, según verídicos autores, la no menos aterradora cifra de 800 y tantos descendientes entre hijos e hijas. Hoy existen muchísimos habitantes en todos los confines de Marruecos, unos ricos y otros pobres, a algunos de los cuales conocí durante mis viajes por el Imperio, que se pretenden herederos del prolífico Sultán. Les pasa lo mismo que a los *marabut* que se fingen, con más o menos autorizado fundamento, descendientes de la única hija que Mahoma tuvo y que ha poblado todos los países musulmanes de tal cantidad de santones que asusta pensar la prodigiosa multiplicación de las descendencias a través de los siglos.

Villamezquina.

Suburbio de Nájera.

Localidad citada en los pleitos sostenidos por el Obispo de Nájera con el Monasterio de Santa María la Real de la misma localidad. (Barruso, 152).

Es un caso más de la alianza de un término tan castizamente castellano como villa, con un nombre de prosapia esencialmente árabe. Y en este caso no precisa traducir el término semita, puesto que ha quedado incorporado al idioma castellano con su mismo valor fonético y significado, puesto que *meskin* en arábigo equivale á tanto como «pobre».

Aunque parezca extraño designar una población por el estigma de su pobreza, no es este el único caso, puesto que en Marruecos existe una importante kabila llamada precisamente Beni-Meskin, es decir, *Hijos del Pobre*.

Hoy, por paradoja, la mezquindad de su primer nombre se ha trocado en esplendidez y se llama Villarrica.

*
**

Estas son, en resumen, las principales etimologías que, con más ó menos acierto, pueden reconocerse en la Rioja. Y aunque se den con preferencia en las regiones llanas, como queda dicho, a lo largo de los valles fluviales, se manifiestan también en las zonas montañosas, donde además de las localidades especificadas existe un vestigio musulmán en la llamada *Peña de los Moros*, que es una roca existente en la línea divisoria de los términos de Ezcaray y Ojacastro, y de la que el P. Anguiano dice se llamó así por haberles servido de atalaya vigilante durante su dominio en la Rioja.

El nombre que los árabes dieron á la Rioja de *Blad-as-sakia*, «tierra de acequias», revela que se asentaron intensivamente en el país el poco tiempo que duró su presencia en el mismo, y que dieron gran incremento á las irrigaciones, como en Valencia, Murcia y Andalucía, en cuya materia fueron grandes maestros, si bien no se acuerde instituyeran tribunales de agua como en Levante, y que constituyeron verdaderas instituciones jurídicas, modelo en su clase, y evidenciandó la enorme cultura que en todos los órdenes adquirió la civilización hispano-arábica, si bien no dejara huellas tan profundas en la Rioja como en otras regiones españolas.

(Continuará).



DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DE LA ISLA DE FORMOSA

POR

Fr. José M. Alvarez, O. P.

(Continuación). ⁽¹⁾

ARTÍCULO QUINTO

Flores y frutas: Profusión de plantas silvestres de flores ostentosas y delicados aromas.—Azucenas, iris, rosas, madreselvas, etc., etc. — Flores cultivadas: narcisos, gardenias, peonía regia, etc. — Frutas peculiares del Oriente: ojos de dragón, pérsigos, ates, ananas, plátanos, etc.; exportación de algunos á China y Japón.— Variedades de naranjas; la toronja; suelo rico y á propósito para toda clase de producciones.

El Extremo Oriente, cuna de la naciente aurora, encuéntrase engalanado con atavíos singulares, con la grandeza y esplendidez correspondientes á quien debe ser como obligado mensajero del majestuoso y fulgurante astro del día.

Alfombrado su suelo con plantas innumerables, encuéntrase por doquier la sonrisa de perpetua primavera, ora en las llanuras y valles surcados por grandes ó pequeños ríos de tranquilas aguas que riegan los campos en todo tiempo, cultivados con variadas producciones ó llenos de las hierbas y malezas que invaden pronto los terrenos in-

(1) Véase en el tomo LXI (1919) la página 503.

cultos y baldíos, ora en los ribazos, montes y selvas, donde suena el sordo ruido de la cascada ó torrente ocultos entre la confusa mezclanza de árboles y arbustos raros asociados con flores ostentosas, extrañas á la vista de los nacidos en Occidente, con plantas y enredaderas que festonean aquellos bosques perfumados donde junto á las acacias, cedros, rododendros y bosques de bambús crecen la humilde palma silvestre, helechos y cactus gigantescos entrelazados con madreselvas y otras plantas trepadoras de flores graciosas, subido olor, follaje y verdura indescriptibles.

Blancas como el ampo de la nieve, amarillas, moradas ó de color de fuego, unas se abren solitarias ó en grupos, otras caen en forma de guirnaldas ó umbelas; éstas se elevan á mediana altura, ó arrollándose á los árboles cercanos se aupan para manifestar sus flores y servir de adorno al paisaje; aquéllas más humildes ó de tallos más débiles se quedan rapantes para tapizar el suelo y ocultar sus tesoros á la vista del osado viajero. Describir la suprema elegancia de tan variadas flores, ya que no hay árbol grande ni hierba humilde que no tenga la «gloria y alegría de la planta», como galanamente dijeron los antiguos, excede los límites de este trabajo y también las facultades del escritor; empero pasando en silencio la mayor parte, nos fijaremos en unas pocas que sobresalen del conjunto y cuyo objeto, al parecer, es deleitar la vista con su hermosura, el olfato con su olor y engalanar la tierra con los vistosos ropajes con que Dios tan pródigamente les dotara; las cuales ó son objeto de solícitos cuidados en los jardines é invernaderos de Europa, ó merecen serlo por la gentileza de sus fallos y tintes indefinibles ó subido aroma. Entre las 53 especies de liliáceas que existen en la isla crece en montes y valles del Norte, distrito de Tamsui, cabe los caminos y cauces húmedos y también en medio de los campos, el *Lilium longiflorum*, Thunb.; la azucena, en todo parecida á la cultivada en los jardines de España, de corola algo más larga, escaso aroma, pero

grandemente hermosa por las niveas y numerosas flores que brotan del mismo tallo, sin que merezca los honores de ser estimada por los chinos, tal vez porque su misma abundancia la rebaja á la categoría de cosas vulgares; el lirio *morea chinensis* y *blancada punctata*, cuyos tallos terminan en numerosas flores de tiernas hojuelas amarillentas en su exterior y con pintas de color de sangre en el interior de su corola, formada por seis hojas ovaladas, cuyo bulbo cocido es un excelente antiespasmódico, sobre todo en las enfermedades de los niños; y el jacinto oriental, con flores de color variado y subido perfume, cultivado en pequeños tiestos. Entre las amarilídeas se encuentra el tulipán de cinco hojas de brillante colorido; la fragante tuberosa; el narciso de agua, muy cultivado en diminutos tiestos, que suelen poner encima de las mesas de las tiendas; el *crinum asiaticum*, también cultivado por sus niveas flores y suave aroma, que sirve á las jóvenes chinas, en el Norte de la isla, para adornarse la cabeza; el *iris sibirica*, ó iris de los valles, cultivado el llamado por los chinos iris de las montañas, *soa-koa-lan*, de hojas largas y estrechas, florecitas moradas, numerosos estambres amarillos, con el *hemerocalis fulva*, que también nace silvestre en abundancia maravillosa.

La *datura alba*, de grandes hojas, tallos robustos, formando copa hasta un metro de alta, tiene flores blancas gamopétalas, parecidas á la azucena, y aunque escasamente aromática, es medicinal, hace dormir y es algo venenosa, según los chinos; la *canna indica*, de purpúreas flores y originaria de América; según se dice, se halla connaturalizada y extendida por toda la isla, símbolo de buen agüero para los chinos, que la siembran sobre los sepulcros de sus muertos; su flor se desarrolla menos que la cultivada en los jardines; la *alpinia nutans*, con blancas flores enmascaradas cayendo en forma de racimo al fin de un robusto tallo, que sirve lo mismo que sus largas y fibrosas hojas para hacer sogas y petates; el *pleroma splendens*, de ramosos tallos, hojas provistas de salientes

venas horizontales con bonitas flores moradas con numerosos estambres amarillos bifurcados en su mitad, hacia el centro, sirve de adorno á las montañas, donde crece por millones, como si de propósito fuera cultivado en larga escala; la cacalia ó sinesio, especie de clavel amarillo, de hojas picadas, crece sobre las cimas á 2.000 pies de altura en el monte Tai-tun, y allí se vé también, lo mismo que á la orilla del mar, el fastuoso *Pancratium garribatum*, especie de lirio de gruesas venas terminadas en bonitas y blancas flores acorimbadas.

Pertenecen á las ranunculáceas el *ranunculus scelertus*, de flor amarilla; gran variedad de la sarmentosa y trepadora clemátida, como *Clematis apifolia*, D. C., *Clematis chinensis*, la primera con níveas flores de suave olor y la segunda de raíz medicinal, que en grandes cantidades se exporta á China; las magnolias y sus afines están representadas por la *magnolia pumila*, de blancas flores; el *katsura japonicum* y el celebrado y olorosísimo ilang ilang; *artobotrys odoratissimum*, L., de raras flores, formadas por verdes y carnosos dedos puntiagudos, que ha servido á los chinos para darle el significativo nombre de «pata de mochuelo», *ien-jau-to*. Las ninfáceas cuentan con los nenúfares de flores ostentosas, *nelumbo nucifera*, que sirven de adorno á los cauces y pantanos; el celebrado loto, *nuphar Shimadai*, tan íntimamente ligado á la tradición budista, como símbolo del hombre virtuoso que viviendo en este mundo corrompido se levanta y florece inmaculado sobre el barro de las malas pasiones, y sobre cuya emblemática flor reposa Buda, en la *región del Loto*, de la perfecta é inmutable tranquilidad.

La humilde violeta, *Viola japonica*, *Viola verecunda*, con otras cinco especies peculiares de la isla, sirven de adorno á los ribazos y bordes de los caminos no menos que á las altas montañas por donde surca la humedad, como la *Viola Kawakami* y *Viola Nagasawai*, y allí se vén también variados ejemplares de saxifragas, *astilbe chinensis*, *mitella japonica*, con trece especies de las aristocrá-

ticas hortensias, notables por la fineza y diversidad de colores mudables, *Hydrangea glabra*, *Hydrangea intergra*, Hayata. Nacen espontáneamente en la isla la *Begonia laciniata* y *B. shinensis*; el *daphne altaico*, de ramas vellosas y blanca floración; el chinsang de cinco hojas, *panax quinque-folium*, cuya raíz sirve á los chinos de excelente afrodisíaco; variedad de geranios silvestres, *Geranium Robertianum*, *G. uniflorium*, con otras plantas muy dignas de figurar en los jardines, como el *Pieris formosae*, el *Rhododendrum Oldhami* y *Rhod. pseudocrysanthum*, Hayata; la graciosa flor *Cesalpinia pulcherrima*, Sw., conocida con el significativo nombre de la «flor de la mariposa» (bué-ián), y el *Clerodendron paniculatum*, L., con flores encarnadas de color de fuego, simientes azuladas y cáliz que no se cae, aun cuando la fruta está madura; y la *Mirabilis jalapa*, de origen americano, raíz purgante y flor pequeña, que sirve de fundamento al dicho sentencioso de los chinos para reprender á las personas simples, que no se avergüenzan de decir palabras en su propio loor: «*i-hom-chai-bai*», «la mirabilis jalapa no conoce su poca hermosura».

A la numerosa familia de las compuestas pertenecen los aster, *aster trinervius*, *aster baccharoides*; los celebrados crisantemos, *chrysanthemum segetum*, *C. indicum*, cultivados más que por sus flores simples por ser medicinales ó por servir sus tiernas hojas y tallos para alimento; hay también alteas varias que tienen usos terapéuticos: el *Lawsonia spicata*, de flores blancas ó rosadas, llamada «flor de las uñas», porque machacada sirve eficazmente para curar los panadizos; amarantos de reconocida virtud como colirios, y la *dragona ferrea*, cuyas hojas machacadas curan inflamaciones y llagas, de la cual afirman que libra de peste á los animales de las casas donde se encuentra plantada.

Arbustos de singular belleza, dignos de figurar en los jardines, son el Lantana que llena los montes, de tallos espinosos y fuertes, hojas parecidas á las ortigas y flore-

cillas abundantes de color amarillo encarnado, dispuestas en grupos ó cabezuelas; la elegante *acacia farnesiana*, cultivada con esmero en los invernaderos de Europa, crece espontánea en los montes de Tamsui y sirve de adorno á los caminos con su graciosa copa de finas hojas de verde claro y sus flores redondas compuestas de finísimos pelos amarillos; el *ixora sinensis*, arbusto de dos varas de alto, hojas parecidas al laurel, terminando sus tallos con flores de encendida púrpura; la *gardenia florida*, de la que se conocen tres especies, una que nace espontánea en los montes, con cuatro hojas crucíferas de dos pulgadas de largas, y dos que se cultivan en el Norte en grande escala para aromatizar el té, con flores del grandor de una rosa europea, todas ellas de blanquísimo color, intenso y exquisito aroma; las rosáceas tienen diez especies silvestres, unas de color blanco y suave olor, cultivadas otras de color encarnado, parecidas á las conocidas en España, de vista hermosa, pero faltas de aroma para hacer bueno el refrán chino, que lo creo verdadero en el Extremo Oriente: «rosa encarnada no huele, y si huele no es encarnada»; y por último, la tan celebrada peonía, árbol llamado por los chinos «la reina de las flores».

Entre los árboles de flores llamativas y elegantes, además de algunos mencionados, merecen notarse el *Melia azederach*, por su follaje y bonitas flores moradas muy olorosas, parecido á las acacias que embalsaman los parques de muchas ciudades de Occidente; el *viburnum odoratissimum*, de flores graciosas, cuya madera sirve á los salvajes para hacer sus arcos; hibiscos de flores grandes y tintes variados, amarillos, morados, sanguíneos; *hibiscus rosa-sinensis*, *H. tiliaceus*, *H. mutabilis*, cuyos colores cambian durante el mismo día; el espinoso árbol *Eritrema indica*, Lam., de brillantes flores encarnadas que aparecen antes que las hojas del árbol; las camelias *eur-yoides* y *gracilis*, de grandes y rojas flores que casi duran todo el año, y otras plantas dignas de figurar en las colecciones botánicas, como la pequeña palma *Arenga En-*

glori, y multitud de helechos y orquídeas de belleza singular, como el *Pteris formosana* y la arborescente orquídea *Phalenopsis afroditeae*.

Hay cactus de carnosos tallos cubiertos de punzantes espinas que producen vistosas y grandes flores; *cereus triangularis*, *cereus macrogonus*; enredaderas, como la bonita policarpa (li-pa-chan), que agarrándose á los bambús se levanta hasta cerca de sus cumbres, formando rústicos arcos y cuevas caprichosas cubiertas con su abundante y verde ramaje esmaltado, según los tiempos, con grandes flores moradas, y finalmente, está la olorosísima madre-selva, *wistaria formosana*, enredadera de fuertes tallos que se agarran á los árboles cercanos, dejando ver sus largas y caprichosas flores colgantes, blancas y doradas en el mismo grupo, sirviendo de fundamento al significativo nombre de «flor de plata y oro» que le dan los chinos, embalsamando con su fuerte y delicioso aroma hasta veinte pasos alrededor.

Casi todos estos árboles, arbustos y plantas de flores bellas nacen espontáneas, sin ser apreciadas por los chinos, que poco aficionados á las flores, á la dulce expansión del ánimo en la contemplación del Universo, compadecen la manía de los occidentales por sus aficiones botánicas, sin tener en ello otro fin utilitario; á la vez que consideran tiempo perdido el empleado en su estudio y terreno digno de mejor suerte el dedicado á flores ó plantas de recreo, cuando en él se pudieran sembrar berzas, camotes y verduras que sirvieran de alimentación.

Gustan, sin embargo, de tener algún tiesto con plantas útiles y medicinales, ó bien algún árbol de flores aromáticas delante de sus casas, que se desarrolle sin hacerles perder el tiempo ni ocupar la tierra en vano. Estos regularmente son importados en Formosa, como el jacinto de agua, el amaranto, el áloe, *crinium asiaticum*, la gardenia doble.

Los japoneses, por el contrario, aficionados en extremo al cultivo de las flores y árboles, que se puede afirmar

es parte integrante de toda casa japonesa, están importando muchas, antes desconocidas, y con su esfuerzo, trabajo y gusto refinado por la jardinería contribuirán á embellecer más y más esta isla, por antonomasia llamada Hermosa.

Complemento de toda planta, después de haber embellecido la Naturaleza y alegrado la vista de los hombres con sus flores, son los frutos que sirven de sustento y regalo, ó cuando menos son el medio natural de la renovación y multiplicación de toda especie botánica. Entre los árboles de sabrosos frutos cultivados ó casi silvestres que existen en Formosa, no creo pueda señalarse ninguno peculiar de la isla, si bien es cierto que abundan los propios de las zonas tropicales, desconocidos en Europa, y algunos que pueden considerarse connaturalizados en la isla después de muy remota antigüedad, importados más que por la industria humana, por los agentes naturales. En 1632, cuando la isla no podía considerarse todavía como invadida por chinos y otros extranjeros, decía el P. Esquivel, misionero dominico en el Norte de Formosa, «que cerca de Tamchui hay un monte con muchos frutales, duraznos (especie de melocotones) y naranjas», y otro Padre misionero añadía, tal vez exagerando su entusiasmo por la isla, «que en los montes hay uvas como las de España». Contant Dorville, ya citado en otra parte, escribía en 1772: la tierra de Formosa produce en abundancia toda clase de granos. En ella se encuentran con profusión todas las frutas de la India: naranjas, bananas, ananas, guayabas, papayas, cocos, melones de agua, albaricoques, albéchigos, higos, uvas, castañas, granados, etc., etc.; todo lo cual es la pura verdad, si se exceptúan los higos, que nunca los he visto ni he oído de ellos, ni creo que su clima excesivamente húmedo sea el más á propósito para el cultivo de la higuera ordinaria, tan conocida de todos.

Acerca de estos frutos y otros más, vamos á dar una sumaria explicación.

Son abundantes, en efecto, los albaricoques y meloco-

tones, de hermosa perspectiva y delicado gusto, aunque siendo buenos ni por su variedad ni sabor pueden compararse con las de España; peras y ciruelas existe poca variedad y nunca tan deliciosas al gusto como las de Occidente, sin duda por no estar en terreno propio; así lo indica el poco desarrollo del árbol que las produce. Hay una pera bastante grande que los chinos llaman de «agua», sin duda por no tenerlas mejores; empero quien haya probado algunas de las incontables variedades que se dan en España no le llama la atención por su aspecto y menos por su gusto, que calificándole de bueno y sabroso dista mucho de llegar á delicado. Ciruelas hay tres variedades, si es que no pueden reducirse á dos, explicando su poco desarrollo y decaimiento por el estado silvestre en que los árboles se encuentran. Se producen muchas ciruelas negras, grandes y dulces, las que se dan en Giran, N. E., y en Nanto, centro de la isla; más pequeñas y algunas muy agrias que se dan en otras muchas partes, desde el Norte hasta el centro, las que ordinariamente venden los chinos un poco cocidas y envueltas en una melaza hecha de la caña de azúcar, no siendo desagradables de este modo preparadas. Ciruelas que llamaré blanquillas, de color amarillo, grandes, dulces, de buena calidad, se producen bastantes en los montes de *Jurin*, en la Formosa central. El *punica granatum*, L., el granado, de flor encendida y fruta con corona, se da muy bien en toda la isla; es, sin embargo, poco apreciada la fruta que suelen comer los muchachos, siendo cultivado más como curiosidad y adorno que como objeto de lucro; abunda también la frambuesa, *myrica rubra*, fruta parecida á una fresa con pepita, que siendo dulce cuando está madura acostumbran comer untada en sal, no sólo porque la hacen más sabrosa al paladar, según dicen, sino porque la vuelve inofensiva, evitando cólicos é indigestiones; la fresa nunca la he visto en cultivo ni es tenida en aprecio; algunas de las que se dan silvestres igualan á las cultivadas por su grandor y dulzura.

A las rutáceas pertenece el naranjo, notable más que por sus niveas y simbólicas flores de aromático azahar, por las delicadas y doradas naranjas, que sirven para satisfacer el gusto más exigente, encontrándose representadas copiosamente en Formosa por doce especies distintas en grandor, delicadeza, color y propiedades.

Desde las diminutas naranjitas poco más que avellanas, que se comen con su cáscara, hasta las que pesan media libra, se encuentran variedades para todos los gustos. Las hay ácidas y agrias aun en completa madurez, de color amarillo, pálido ó rojizo subido y hasta de piel verdosa; unas, cuyo pellejo está tan íntimamente pegado que es preciso mondarlas; otras, cuyo pellejo suelto se desprende fácilmente; éstas son de piel fina, agua dulce y abundante, esotras la tienen gruesa y basta y son menos acuosas, pero su licor azucarado y suave se parece á néctar celestial.

A tan gran variedad se une el encontrarse extendidas por toda la isla, sin exceptuar los montes poblados por los igorotes. Existe una especie del grandor de un huevo que los chinos llaman de «cuatro temporadas», porque da naranjas durante todo el año, pudiéndose ver al mismo tiempo la flor y la fruta sobre el mismo árbol. Impórtanse muchas plantas de China que, al igual que las de Formosa, requieren indispensablemente estar ingertadas si han de dar frutos que no sean amargos y desagradables. Al contrario de lo que sucede en Europa, donde fueron importados los naranjos, y se cuenta el plantado por Santo Domingo en Santa Sabina de Roma, entre los árboles de larga vida, los de Formosa se desarrollan poco, de dos á tres metros, no forman copa y son atacados de la enfermedad del gusano, que introduciéndose en su tronco los condena á muerte, no pasando aun los mejor cuidados de los veinte ó treinta años.

A la misma familia de los *citrus aurantium* pertenecen la vistosa toronja y cidromanos, de que se conocen varias especies, todas grandes, de subido color amarillo limón, halagando la vista por su exterior encantador y elegante

hermosura, más que el gusto por la delicadeza de su carne, que no llega á ser tan fina como la de la naranja. El toronjil es árbol de regulares proporciones, siempre verde, produciendo algunos enormes toronjas del grandor de la cabeza de un hombre, que necesitan sostenerse por medio de tejidos para que no desgajen el árbol.

Las llamadas «buntan-iu», de mediano grandor, son muy apreciadas por su finura y dulce sabor, produciéndose muchas en el Sur de la isla, cerca del puerto de Takao, que son objeto de exportación y buenas ganancias.

El cidromano, *cidrus decumana*, L., es árbol de pequeña estatura, irregular en sus formas, tallo corteoso con largas y fuertes púas, ofreciendo frutos que recrean la vista con su caprichosa figura, el olfato con su excelente olor y el gusto con las agradables conservas que de él se hacen, pues en su estado natural no es aprovechable. Uvas no se cultivan en Formosa, y aunque he visto algunas parras con uvas grandes, vistosas y de regular sabor, no podemos alabarlas los que hemos gustado otras mucho mejores. Las parras que profusamente nacen en los montes no producen uvas que tal nombre merezcan, quedándose en embrión y sin gusto apetecible.

Fruta abundantísima son los ojos de dragón, *Nephelium longana*, Camb., frutos redondos algo más que una guinda, cubiertos de un áspero pellejo exterior que fácilmente se desprende, teniendo su carne blanquecina alrededor de una pepita parecida á la avellana. Su dulce algo empalagoso en un principio se adapta al gusto fácilmente, pudiéndose conservar en forma de pasas, siendo en este estado doblemente agradable. A la misma especie pertenecen las lechias, *Nephelium Litchi*, Camb., fruta más grande, más carnosa, succulenta y azucarada que el ojo de dragón, pero en Formosa es poco abundante. Estos dos árboles, de hojas perennes y verde claro, se desarrollan mucho, formando una enorme copa de apretado follaje, teniendo una madera dura y muy apreciada por sus vetas preciosas.

La papaya, *Carica papaya*, Lin., y la guayaba, *Psidium guyaba*, Lin., son dos frutas que tienen en Formosa una tierra favorable para su desarrollo. La tónica papaya pendiendo en forma de racimo debajo de la copa del árbol que la produce, de aspecto de una palma de tres metros de altura, es más vistosa y encantadora á los ojos que agradable al paladar. Grandes como el puño, de figura ovalada con abundantes pequeñas pepitas, su sabor, aun bien madura, es desabrido, y más estimado como medicinal que como regalo, por lo que su cultivo es muy limitado.

En cambio las guayabas de varias clases y delicadeza danse con profusión, no sólo en los huertos donde se cultiva, sino en los montes donde se desarrolla en estado silvestre. La fruta, parecida á una pequeña granada con su corona, de color verde ó ligeramente amarillo en completa madurez, es áspera y astringente, conteniendo muchas pequeñas pepitas en su interior. Las hay blancas y encarnadas, y aunque no de mal gusto en estado natural el dulce que de ellas se hace es muy sano y agradable. El guayabo, de tronco torcido y formas irregulares, corteza lisa y hojas bastas, no tiene otro uso que alimentar el fuego. Hay guayabos que dan cuatro cosechas al año, viéndose flores y frutas al mismo tiempo, si bien la cosecha del verano es la que llega á su completo desarrollo y madurez.

El Japón está representado en Formosa por dos frutas, que se dicen oriundas de ese país: los pérsigos, *Diospyros kaki*, L. F., y la nispola ó nisperos del Japón, *Eryobotria japonica*; ambos se pueden ver, en efecto, en el país del Sol Naciente creciendo como en su tierra favorita, representado el primero por más de un centenar de especies, bien diferentes por su grandor, figura, color, consistencia y gusto, y el segundo por algunas docenas, también de variadas propiedades.

En Formosa sólo se conocían antes de llegar los japoneses dos especies de pérsigos, de aspecto de un tomate sin arrugas; pero uno, el *Diospyros kaki*, es parecido á un tomate bien maduro, de piel y carne encarnada y blanda,

de gusto dulce, que si al principio se resiste algo por su suavidad pronto se aficiona, tal vez con exceso, y el otro, *Diospyros utilis*, Hemsley, que nace silvestre, se parece á un tomate verde, de gusto áspero y desagradable, pero úsase en la industria su jugo pegajoso para dar lustre y consistencia á los clásicos paraguas de papel, corrientes en estos países. La níscola es una frutilla redonda ú ovalada, del grandor de una guinda y también de una ciruela, color amarillo interior y exteriormente cuando está madura; cuatro pepitas, á cuyo alrededor se halla la carne blanda, dulce ó agridulce, cubierta por una piel que se desprende sin grande dificultad.

No es fruta muy atrayente, aun la de superior calidad; pero en Formosa por falta de cultivo apenas tiene parte comible y es de sabor desagradable, por lo que los chinos suelen hacer una conserva salada con que acompañan la morisqueta.

La tradición y la historia atribuyen á los holandeses (1624-1661) la introducción de dos frutas en la isla: las mangas, *Mangifera indica*, L., y la dulce y delicada fruta llamada «sopa dulce», *anona squamata*, L., de origen americano, que, si bien en pequeñas cantidades, se producen en Formosa.

En los montes del centro se vén algunos terrenos ocupados por los copudos árboles del mango, distinguiéndose dos clases, que los chinos llaman «manga carnosa», por tener un bocado aprovechable alrededor de su grande pepita, y «manga fibrosa», por estar entrelazada de fibras que no dejan aprovechar otra cosa que su zumo.

La manga es fruta vistosa por ser grande, acorazonada y de color amarillo encarnado, propensa á cólicos, y aunque dejándolas madurar podían ser buenas, sin llegar á las filipinas, los chinos las comen medio verdes, y la falta de cultivo en los árboles es causa de la mediocridad de los frutos que producen.

La *anona squimata* ó ates, es sin disputa una de las frutas más sanas y delicadas que existen. Grande como

una manzana, por los empedrados botones de su piel verdosa semeja á una piña, teniendo en su interior una lechosa y azucarada substancia parecida á suave y delicioso almíbar.

Raras son y poco conocidas la manzana-rosa, *Eugenia jambos*, L., denominada en chino *lien-bu*, y la llamada *io-to*, que pudiera considerarse peculiar de la isla.

De la figura de un trompo, de piel cristalina ligeramente rosada, que atrae las miradas del espectador y excita el deseo de probarla, es la manzana-rosa; empero su sabor no corresponde ni con mucho á su finura y delicadeza de la forma. Su carne es blanda y esponjosa, falta de néctar y atractivo. La llamada *io-to* en chino, *Averroa carambola*, es una frutilla de extraña figura, de dos pulgadas de larga por una de gruesa, tiene la forma de una rueda dentada con cinco dientes muy pronunciados á lo largo. Saturada de abundante jugo agridulce toda ella se come, ordinariamente en una conserva dulce ó salada, que gusta mucho á los chinos en tiempo de calor.

Hablaremos, por último, de la sabrosa piña ó anana y del apreciado plátano, objeto de grande comercio y exportación. Parecida y más grande aún que la piña que da los vulgares piñones, es blanda y comestible toda ella, excepto la corteza que se monda, como en las peras y manzanas, y el corazón que es algo correoso. Su carne amarilla está impregnada de un agua abundante y dulce, á propósito para apagar la sed del caminante y refrescar las entrañas en los meses del estío; si bien produce efectos desastrosos tomar té muy caliente después de la piña, y para hacerla inofensiva suelen sazonarla con sal. La planta, *ananas sativa*, L., que tan exquisitas frutas produce no es un árbol ni arbusto de vistoso ramaje, es una gramínea de anchas y largas hojas que se elevan escasamente una vara del suelo y que despojadas de la substancia verdosa que las cubre proporcionan con sus ábras las celebradas telas de «piña».

Pertenecen también á las gramíneas los bananos, *Musa*

sapientium, L., de hojas como escudos, de tierno tronco, aunque fuerte por sus tejidos, en cuyo centro pende un enorme racimo que cuenta á veces cien plátanos sabrosos. El plátano cultivado en Formosa es grande, algunos miden cuarta y media de largos, muy dulce y más estimado que alguna variedad importada de Filipinas. Nunca se dejan madurar en el árbol, que tardarían mucho y cortándolos verdes se maduran artificialmente metiéndolos entre paja de arroz ó por medio de un humo moderado.

En los montes del Sur nace espontáneo el *Artocarpus integrifolia*, L., llamado «fruta del pan» por las cualidades alimenticias de su grande y rara fruta, que sólo es aprovechada en muy pequeña escala por algunas rancharías de igorotes.

Otras frutillas suelen comer algunos chinos, ya verdes, ya en conserva, como el azufaifa, *zizyphus jujuba*, la acebuchina, etc.

La palma, que Linneo llamó «príncipe del reino vegetal», tiene representación en la palma de coco, *cocos nucifera*, L., que nace silvestre y hasta ahora no es objeto de explotación por el estimado *copra*; la palmita, *phenix humilis*, L., produce frutillas que algunos chinos aprovechan, y la esbelta palma, *Areca catechu*, L., formando bosquecillos en el Centro y Sur, da frutas parecidas á ciruelas verdes, que divididas en pequeños pedazos y envueltas en la hoja de la bonga con un poquito de cal forma el bocado llamado buyo, que tan exquisito y sabroso encuentran muchos pueblos orientales. Los chinos atribuyen tres efectos á la masticación del buyo: «fortifica la dentadura, aromatiza la boca y entona el estómago»; lo cual fácilmente se puede creer, aunque á buen seguro á costa de la pulcritud y buena educación.

La variedad de frutas de que acabamos de hablar no son todas igualmente abundantes, y algunas tienen su región especialmente escogida para su aclimatación y completo desarrollo. Mucho abundan los ojos de dragón, que verdes ó secos son exportados á China por valor de 260.000

yen; las ananas, de las que además de un enorme consumo en estado natural, hay fábricas de conservas en Taihuku, Taichu, Yurin y Hongsoa; plátanos ó bananas, que después de la llegada de los japoneses han recibido un empuje notable, exportándose al Japón por valor de 600.000 yen al año; naranjas y toronjas muy apreciadas en los mercados, que dejan bonitos rendimientos en la isla. Son de regular producción para el consumo de los habitantes las guayabas, peras, ciruelas, frambuesa, *io-to* y pérsigos, quedando las restantes como escasas y de limitado cultivo.

La zona geográfica que ocupan es tan variada como su producción. El Norte no produce papayas, manzana-rosa, ates, *ioto* ni lechías; en el Sur no se ven ciruelas, peras, frambuesas, pérsigos ni melocotones de buena calidad, mientras que en el Centro, sobre todo en la Prefectura de Shioka, verdadero jardín de frutales, tiene todas las que se producen en los otros lugares, en mayor abundancia y de superior calidad. Sobresalen, sin embargo, sus exquisitas naranjas de *Lo-chu-chng*, *ic-to* de Potau, guayabas de *Ochiu-ke*, ciruelas, ates, pérsigos, piñas y ojos de dragón de los montes de Yurin. En el Norte se distingue *Patchi-na* por sus grandes y sabrosos melocotones, pérsigos y piñas; *Gi-lan*, al Este, por sus ciruelas negras, y *Hongsoa*, en el Sur, cerca del puerto de Takao, es afamado por la abundancia de ananas y toronjas de inmejorable calidad, lo mismo que sus plátanos ó bananas.

Los japoneses á la vez que mejoran las especies conocidas por medio de un cultivo metódico y científico, hasta ahora muy descuidado, van introduciendo otras muchas traídas de afuera, como está sucediendo con las naranjas, plátanos, uvas, pérsigos, etc., etc., que con el tiempo vendrán á dar mayor precio á las riquezas de la isla. Queda, pues, justificado el nombre de *hermosa* con que los hombres han designado isla tan preciosa; nada falta de cuanto Dios creara para decorar estas regiones, con razón llamadas floridas; ni plantas endémicas y exóticas, donde el arte parece haber agotado todos los recursos de su inspi-

ración; ni flores fragantes y ostentosas que han robado á la aurora sus tintes y á la nieve que falta en sus montañas la blancura de sus pétalos; ni frutos raros y numerosos propios de las zonas ardientes unidos á otros que tienen su origen en climas más templados ó rigurosos, en los apartados países donde se pone el sol.

RAZAS QUE PUEBLAN Á FORMOSA ⁽¹⁾

CAPÍTULO IV

LOS SALVAJES

ARTÍCULO PRIMERO

Importancia del estudio de las razas aborígenes de Formosa.—Zona en que viven.—División y grupos de salvajes.—Su origen y arribo á la isla.—Algunos caracteres físicos y morales.—La craneotomía.—No existen negritos en Formosa.

El estudio etnológico de la isla de Formosa ofrece un interés no bien apreciado hasta el presente, una de las rarezas más grandes que puede existir en un pueblo de las reducidas dimensiones de la isla (si es que se encuentra alguno, que lo dudo), donde se halle una mixturación de

(1) La estadística del Gobierno japonés daba los siguientes habitantes á Formosa, al terminar el año 1916:

	Hombres.	Mujeres.	TOTAL	
Japoneses.....	79.198	63.262	142.460	
Chinos.....	1.729.650	1.619.387	3.349.037	
Salvajes.....	66.406	66.518	132.924	
Extran- jeros.	Chinos.. .. .	15.270	2.311	17 581
	Espanoles.....	12	10	22
	Ingleses, america- nos y portugueses.	18	13	31
			<u>3.642.055</u>	

razas tan variadas por su lenguaje, hábitos y costumbres, y hasta por su constitución y ser físico; á la vez que unidas entre sí, unas por los vínculos de una amistad secular creada por la vecindad, por las relaciones sociales y comunidad de bienes que disfrutaban en la tierra que les sirve de morada; separadas otras por odios inveterados, que desde antiguas edades se transmiten de generación en generación.

Es de interés el estudio de las razas que pueblan á Formosa, porque de su examen concienzudo y análisis pensado pudieran deducirse las relaciones íntimas que unen á algunos pueblos interoceánicos, la procedencia de unos de otros, á la vez que pudiera servir de clave para señalar su posición más ó menos remota en la historia de las naciones; el modo fortuito ó intencionado de su arribo á estas playas, mediante el estudio de sus sombrías narraciones, de las historias fabulosas que de padres á hijos se transmiten todos los pueblos bárbaros acerca de su génesis ó aparición en el mundo; pudiendo además servir su investigación para arrojar algunos destellos de luz sobre esa mezcolanza de hombres que, conservando un tipo original, tiene afinidades con razas al parecer extrañas y separadas entre sí no sólo por miles de leguas sino también por caracteres imposibles de confundir, haciendo vislumbrar emigraciones antiguas de pueblos, ya limítrofes, ya muy apartados, que vinieron á juntarse y tener un lazo común en la isla.

No admite género de duda que estando Formosa como punto céntrico entre la Malasia, la China, Japón, Corea y las islas de la Polinesia, y aunque más lejos también el Nuevo Mundo, era cosa fácil á los navegantes de estos países dar vista á esta isla preciosa que cierne entre las nubes con su elevadísima cadena de montañas, cuyos picos llegan á medir 12 y 13.000 pies de altitud.

Difícil es suponer que los pueblos que la rodean, al lanzarse á los mares en busca de aventuras, no divisasen esta isla que se destaca cercana con proporciones de gigante,

como para orientar al extraviado viajero; imposible parece que el pescador malayo no fuese alguna vez arrojado por las frecuentes tempestades que se levantan en sus mares; que el chino, el coreano, el japonés y el polinesio, al separarse de sus costas y ser arrastrados por las corrientes marinas que pasan junto á Formosa, no fuesen náufragos en sus costas, como en nuestros días sucede con frecuencia (1); increíble, en fin, es si se tiene en cuenta la vida aventurera y casi marítima, desde que nacen arrullados por la ondas hasta que en ellas encuentran su sepultura, de una gran parte de los pueblos vecinos y comarcanos.

Los veinticinco dialectos diferentes encontrados hasta ahora entre las tribus formosanas, son pruebas palpables de la diversidad de carácter y costumbres que deben reinar entre ellas; mas después de un examen atento y serio estudio de las mismas, se llega al convencimiento de no ser solamente diversas en las formas accidentales, que pueden ser hijas del tiempo y el lugar, sino de tener más hondas raíces las diferencias del lenguaje en el distinto origen y abolengo de razas. Al hablar, pues, de las diversas razas que existen hoy en Formosa y dar importancia

(1) Contemos algunos casos:

En 1871 un barco de Miyallo, Liu-Kyu, con 44 hombres, vino á parar al Este, siendo muertos la mayor parte por los salvajes de la tribu Botan, dando esto motivo á una expedición japonesa á la isla. En 1874 tres canoas de las Palaos con 16 hombres llegaron á Kilung, donde fueron recogidos y luego repatriados por los comerciantes europeos. En Octubre de 1903, doce pescadores coreanos arribaron náufragos al puerto de Tansiu; recogidos por los japoneses fueron trasladados á su tierra en el vapor Tainan-maru. En 1907, un barco de forma rara, malayo-polinesia, con un pescante al lado, llegó á Giran con siete hombres en estado de inanición. Eran de Guaham, Carolinas, y el Cónsul alemán se encargó de enviar á su país natal á tres supervivientes. En 1911, un barco de la isla Itbayut, grupo de las Batan, con 28 tripulantes, después de diez días de lucha con las olas fué arrojado al Este, donde fueron recogidos y luego, por mediación del misionero católico y Cónsul americano, vueltos á sus hogares. Yo he tenido ocasión de hablar con chinos, que mientras navegaban por las costas del Celeste Imperio, contra su voluntad fueron arrastrados hasta la isla, y me consta que casos de este género no son raros.

á su estudio, no me refiero precisamente á los chinos, más numerosos, colonos en la isla desde hace doscientos cincuenta años, ni menos á los japoneses, huéspedes de ayer, cuya época de transición á Formosa en 1894 hay pocos que ignoren, sino lo que pretendo indicar es un análisis juicioso de las razas llamadas aborígenes, habitantes y dominadoras de la parte montañosa, quienes á pesar de su número reducido representan á las variedades de las razas continentales é insulares bañadas por el Indo y el Pacífico, á la amarilla chino-japonesa, á la malaya y polinesia, acomodada al propio modo de ser de quien por luegos siglos se ha visto aislada de la madre patria y en conjunción con otros seres diferentes del suyo, que le han podido modificar en algunos accidentes de importancia, pero no totalmente destruir. Por lo tanto la isla de Formosa, etnológicamente considerada, es un conglomerado de razas y familias que han ido llegando de distintos y lejanos lugares en épocas bien separadas entre sí, aportando cada una sus constitutivos étnicos, que divididos y mezclados una y cien veces por subsiguientes enlaces con otras tribus y familias diferentes, mixturadas á su vez en épocas anteriores, han dado como resultante esos grupos de aborígenes formosanos, donde todos los tipos de las razas oceánicas, y muchos del continente asiático, tienen sus representantes en los caracteres fisiológicos y lingüísticos.

Vano sería, por lo tanto, todo empeño de clasificación que tienda á encerrar en los estrechos y precisos moldes de una raza pura á los salvajes de Formosa, y en la cual las excepciones habrían de ser tan grandes que minarían por su base la regla general. Empero siguiendo la clasificación últimamente hecha por el Profesor japonés señor R. Tori, algo más comprensiva, aunque igualmente falta de base científica que las seguidas por otros autores, los dividiremos en nueve grupos principales, entre los cuales se encuentran grandes afinidades que les aproximan, al lado de otros muchos rasgos que les diferencian y parece

separarles del tronco común, sobre algunos de los cuales no dejaremos de hacer ciertos reparos substanciales.

Y antes de seguir adelante señalemos los límites geográficos donde hoy se encuentran reclusos y encerrados estos pobres seres humanos, en otro tiempo tan poderosos, felices y numerosos que llenaban toda la parte Oeste y Este en sus más bellas y pintorescas explanadas y colinas, como consta por la historia del siglo XVI.

El territorio ocupado al presente por las tribus salvajes es toda la parte montañosa de la isla, desde el extremo Sur hasta unas seis leguas antes de llegar á la parte más septentrional adonde se halla el puerto de Kilung; llegando por el Este hasta la orilla del mar, excepto en el plano de Kap-chu-lan ó Giran, bien poblado ya por chinos y japoneses, y más al S.E. los planos llamados Karenko y Pilam, que poco á poco van quedando en poder de las numerosas familias japonesas, que con la ayuda del Gobierno están colonizando aquellos territorios; teniendo por límite al Oeste la parte poblada por los chinos, las ramificaciones de la cordillera madre que, bifurcándose en numerosas y pintorescas estribaciones, forma barrancos y quebraduras donde los chinos han podido, no sin trabajo, ir fijando su morada, levantando pueblos, que hasta la llegada de los japoneses estuvieron en continua lucha por cuestión de límites territoriales.

El área total de esa extensa zona habitada por los salvajes no baja de 7.500 millas cuadradas, ó sea la mitad de la isla, teniendo en cuenta los elevados picos y largas estribaciones que triplican la extensión, aunque por falta de espaciosa llanuras es insuficiente para contener una población densa en relación con su anchura y superficie.

Encuéntranse, por lo tanto, en poder de los más altos montes, á cuyo amparo levantan sus rústicas moradas, contemplando su cumbre casi siempre cubierta por densas y oscuras nubes que con frecuencia descargan rayos y tempestades, siendo sus truenos pavorosos, como la voz del cielo que habla á su aterrida mente. Los torrentes bu-

lliciosos que en tortuosos giros salen de las montañas para convertirse en mansos riachuelos ó mares alborotados en tiempo de las lluvias, todos son propiedad suya, y también se cree señor de la riqueza forestal, que cual muro inexpugnable les defiende de sus enemigos, á la par que de las bellezas y dones mineralógicos que Dios ha escondido entre las glebas y cuarzos de la tierra que pisan.

Siguiendo los datos oficiales del Gobierno japonés, que ha puesto empeño en hacer un censo exacto de la población salvaje de Formosa, á fines de Diciembre de 1916 había 669 pueblos ó rancherías, 22.811 casas ó viviendas, habitadas por 132.894 seres de ambos sexos, notándose un pequeño aumento de mujeres sobre los hombres, debido sin duda á las bajas causadas por las tropas japonesas en la incesante lucha de estos últimos años, que á toda costa se les ha querido sujetar á forzada obediencia.

Aunque diferentes entre sí por el lenguaje, muchas costumbres y obediencia al jefe que les gobierna, pueden dividirse en nueve grupos principales, como lo han hecho otros escritores para facilitar su estudio, ya que las diferencias no son tan radicales que merezcan hacerse con ellas una nueva división, y aun de estos nueve grupos formaríamos nosotros tres núcleos que pudieran considerarse como los más antiguos habitantes de Formosa, como las familias prehistóricas que arribando en distintos tiempos y formando por buen número de años colonias separadas, con el transcurso del tiempo en parte se fueron uniendo entre sí y con nuevos inmigrantes que llegaron á la isla para formar el abigarrado conjunto de razas, ó mejor dicho, de tipos diversos que se observan entre ellos.

Los autores que á partir de 1860 se han ocupado de los aborígenes formosanos adoptaron una nomenclatura basada en los escasos conocimientos que, en aquella época de difícil acceso á las tribus salvajes, pudieron adquirir de algunas rancherías más próximas á los poblados chinos, haciendo un estudio particular y concreto de algunas rancherías diferentes entre sí por el tipo, lenguaje y algunas

costumbres; pero sin poder en aquellas circunstancias, mediante un estudio comparativo, referir y agrupar en un tronco y denominación común las diversas rancherías y tribus afines que pueden considerarse como de la misma raza.

Aquella descripción, bastante exacta en cuanto á los habitantes de que habla, carece de unidad é impide formar un juicio sintético de las tribus salvajes formosanas, y el lector no iniciado en datos geográficos muy particulares y precisos de la isla, fácilmente es inducido á error por las referencias de los Sres. Güerin, Thomson y Taylor, cuando nos hablan en sus artículos de los Tibola, Kanagu, Kali, Paichien, Baksa, etc.; de los Chuibuan, Siekhuan, Pepohuan; de los Soo, Pilam; de los Atayals, Amia, Pawan, etc.

En estas palabras se emplean y confunden nombres que son propios de rancherías con otros que son propios de los habitantes, según se llaman á sí mismos; nombres peculiares de un extenso territorio, con nombres que nada tienen de indígenas, sino que han sido impuestos por los chinos á los aborígenes con quien han tenido alguna relación. Así, por ejemplo, Chui-huan, Siek-huan, Pepo-huan son nombres de origen chino, que en el dialecto de Fokien-sur, que es el hablado por la mayoría de los chinos que de antiguo habitan en la isla, significan: Chui-huan, *salvajes de agua*, nombre que dan á cuatro rancherías que viven en los bordes del lago de los Dragones en la Formosa central, pero que ellos se llaman *Sau*; Siek-huan, *salvaje maduro, civilizado*, así denominan los chinos á toda clase de igerrotos, de cualquiera tribu y parte de la isla, Norte, Sur, Este y Oeste, que por vivir en la línea de división del territorio ocupado por ellos llevan una vida pacífica, tratan y comercian, aunque en pequeña escala, con los chinos, y en la agricultura se encuentran también más avanzados que sus hermanos; y por último, la palabra Pepo-huan, *salvaje del llano*, la aplican á aquellos indígenas que al llegar los chinos hace doscientos cincuenta años á For-

mosa é ir arrollando á la población autóctona prefirieron quedarse en los lugares que ocupaban conviviendo entre los chinos, los cuales poco á poco fueron perdiendo su modo particular de ser y hasta olvidaron completamente la lengua propia para adoptar la china juntamente con el traje, la coleta y todas sus costumbres, incluso el feo vicio del opio, y sólo un observador muy familiarizado con el modo de ser de los chinos pudiera distinguir alguna pequeña diferencia, sobre todo en la mujer *pepolana*, que no se ata los pies como las chinas, y del cabello se hace una trenza que luego se arrolla á la cabeza; no pudiendo aplicárseles el dictado de medio salvajes puesto que se encuentran, con excepción de unos cuantos pueblos aislados, en el mismo grado de civilización que los demás chinos de la isla. *Soo, Pilam, Tipun*, etc., son nombres de extensos territorios donde habitan salvajes de tribus diferentes; *Amia* (mejor *Ami*), *Ataiyal*, *Paiuan*, etc., son nombres de tribus ó conjunto de muchas rancherías que se dan á sí propios las dichas denominaciones; *Paichien*, *Tiloba*, *Diamonk*, etc., nombres peculiares de algunas rancherías. Después de la llegada de los japoneses se ha podido hacer una más minuciosa y detenida investigación de los indígenas formosanos, y los Sres Y. Ino y D. Awano, Oficiales del Gobierno de la isla, dedicaron sus conocimientos y sus esfuerzos á este objeto, debiéndose á ellos una clasificación que desde 1890 ha sido adoptada por los que han escrito sobre los aborígenes de Formosa, como J. Deniker, J. Davidson y W. Muller. Según estos autores, los salvajes de Formosa se dividen en siete tribus ó grupos llamados *Ataiyal*, *Bunum*, *Tsu*, *Spayowan*, *Tsalisen*, *Pyuma*, *Amis* y *Peipo*.

Esta clasificación, basada en afinidades importantes, facilita mucho el estudio de las razas formosanas; pero deja grandes lagunas que llenar, por cuanto grupos compuestos de muchas rancherías con lengua, costumbres y fisonomía diferentes quedan comprendidos en la misma denominación, mientras que otros con marcadas semejan-

zas, v. gr., Spayowan, Paiuan y Tsalisen, figuran como razas distintas.

Más tarde, en 1910, el Profesor de antropología de la Universidad de Tokio Sr. Torii Ryuzo, después de haber vivido durante muchos meses estudiando á los salvajes de la isla, ha creído deber modificar la anterior clasificación, substituyendo la denominación *Tsu* por la *Niitaka*, más amplia en su significación, puesto que abarca todas las tribus que viven al amparo del más alto monte de Formosa.

Aunque en la práctica vamos á seguir dicha división, creemos adolece de los mismos defectos que la anterior, y sobre todo no vemos razón científica ni distintivos etnológicos suficientes para hacer de la pequeña tribu *Sau*, ó *Chui-huan*, que habita en los bordes del lago de los Dragones, una familia aparte é independiente.

Ya hace notar el docto Profesor que «su división tiene por fundamento únicamente las costumbres, la lengua, las tradiciones, usos, etc., pero de ningún modo los caracteres físicos de estos salvajes»; no obstante, aun así, le sería difícil mantener, en presencia de los hechos, una aserción tan general.

Por nuestra parte propondríamos la división de tres grupos primitivos, los más antiguos en la isla, que con mezclas subsiguientes, con el intercambio de sangre, ya entre sí, ya con otros seres advenedizos, han sido el origen de varios subgrupos y tribus hoy separadas por inconfundibles diferencias sin duda, pero no suficientes ni tan radicales que por ellas se les deba atribuir distinta procedencia.

Estas tres razas madres son los Atayal, que se extienden desde el Norte hasta el Centro; los Bunum, que habitan los altos montes del Centro y cuya influencia irradia á varias tribus, Ami y Tsu ó Niitaka, y los Paiuau del Suroeste, progenitores se pueden llamar de gran parte de los subgrupos Tsalisen, Pyuma y Tsu, como reconoce el citado Profesor R. Torii, al afirmar «que se parecen una

misma cosa por sus hábitos y lenguaje». A éstas puede añadirse la pequeña tribu Yami ó Gurugurusera, como ellos se llaman, que habita en la isleta Botel Tabago, cuya procedencia tengo como indudable de las islas Batanes, al Norte de Filipinas, á la vez que muy recientes moradores de dicho lugar, como probaremos más adelante (1).

El grupo que habita la parte más meridional de la isla es el llamado Paiuan, que puede subdividirse en tres, denominados *Paridjaridjau*, el más cercano al cabo, donde se encuentran las tribus Koalut y Botans, bien conocidas por sus instintos guerreros y sanguinarios; *Chakubokubun*, más arriba de ésta; Subon al Oeste, y por último, Takarkar, tocando por el N.E. con los Pyuma, por el Noroeste con los Tsalisen y al Sur y Este el mar, teniendo en conjunto 26.842 individuos, que habitan 6.657 casas, formando 101 rancherías. Subiendo por el S.E. se encuentra junto al mar el grupo Pyuma, de apacible carácter y sin los fieros instintos de sus vecinos del Sur y Oeste, siendo llamados por esa razón, con gran parte del grupo Ami que le sigue, «salvajes civilizados, *siek-huan*». Ocupan parte del plano de Pilam, y aunque en otros tiempos, según sus tradiciones, fueron poderosos y dominadores de otras tri-

(1) División de los salvajes de Formosa, según

los Sres. Ino y Awano.	Sr. Torii Ryuzo.		Nuestra división.
		GRUPOS	SUBGRUPOS
Ataiyal.	Taiyal, ó salvajes tatuados.	Ataiyal...	Ataiyal del Norte, que se tatúan.
Bunum.	Bunam.		Taiyal del Sur, que no se tatúan.
Tsu.	Sau.		Ami del Noroeste.
Spayowan.	Niitaka.	Bunum...	Bunum.
Tsalisen.	Tsalisen.		Tsu.
Pyuma.	Pyuma.	Paiwan...	Ami del Centro.
Amis.	Ami.		Paiuan.
Peipo.	Paiwan.		Tsalisen.
	Yami ó Gurugurusera.		Pyuma.
			Ami del Sur.
			Yami de Batel-Tabago.

bus, hoy tienen el más reducido territorio, contando ocho rancherías, con 900 casas y 4.800 individuos. Los *Ami* forman un tercer grupo, que se extienden en una larga faja de 40 leguas sobre un feraz y hermoso territorio junto á la ribera del mar; suelen dividirse en *Ami del Norte*, *Centro* y *Sur*, llevando una vida pacífica y tranquila los no internados en las montañas; siendo el grupo que cuenta con una población más numerosa, que se eleva á 37.827 individuos, con 176 rancherías y 4.862 viviendas.

Confinando al Oeste con algunos pueblos de pepohuanes y chinos *hak-kas*, al Sur con los *Paiuan* y *Pyuma* y al N.E. con las tribus *Niitaka*, se encuentra el grupo *Tsalisen* (*Chalisen*), cobijado por las vertiginosas alturas del monte *Kali*, muy parecido en su modo de ser á los *Paiuan*, formando unas 55 rancherías, con 668 casas y 14.859 personas. El llamado grupo *Tsu* ó *Niitaka* cuenta escasamente con 3.000 personas, distribuídas en 25 rancherías y 300 casas. Comparte con el grupo de los *Bunum* la posesión del monte *Morrison*, el más alto de Formosa, á cuya parte Suroeste se encuentran situados, y por su lengua y modo de ser puede subdividirse en tres subgrupos: el *Sungan*, al Sur; *Kanabb*, al Oeste, y el *Ari*, que habita en el monte de este nombre, famoso por la riqueza forestal en *chryptomerías*, hoy en explotación, y cercano á las poblaciones chinas del distrito de *Kagi*.

El grupo de los *Bunum* está en posesión de un extenso territorio, en la Formosa central; es el cuarto en población, que se eleva á 17.582 almas, formando 118 rancherías, con 1.900 casas, y ocupa los más altos y elevados montes de la isla.

Al Sur y Este toca con los *Pyuma* y *Ami* en los planos de *Pilam*, al Oeste y Norte tiene por vecinos á la tribu *Niitaka* y tierras de los chinos, llegando hasta el plano de *Polisia*, donde algunas rancherías reciben el nombre de *Chui-huan* y *siek-huan*, salvajes de agua, por habitar junto al lago de los Dragones, y salvajes civilizados, por sus pacíficas y sencillas costumbres.

El más extendido desde el Norte á tres leguas de la capital Taihoku hasta el centro, ó plano de Polisia (á mitad de todo el territorio ocupado por los salvajes) y por el Este hasta la ribera del mar, es el grupo Ataiyal ó Taiyal, el más belicoso y rebelde, el verdadero *corta-cabezas* de la isla, el que ofrece más interés por sus costumbres y uso del tatuaje. Divídense en dos subgrupos, el Norte y Oeste, en el que hombres y mujeres usan el tatuaje en grande escala, y el del Este, que hacen poco uso del tatuaje, pero que no se distinguen de los primeros por su menor fiereza é instintos sanguinarios.

Cuenta con una población de 31.690 almas, formando 267 rancherías con 6.580 casas, siendo bien conocidas las de Kutchio (jap. Kusshiaku) y Urai en el Norte, que con frecuencia bajan á los pueblos cercanos como amigos, y á veces llegan á la capital Taihoku, donde son bien obsequiados. Por último, el reducido grupo Yami, de Botel-Tabago, cuenta con siete poblaciones, 305 casas y 1.445 individuos.

Dadas á conocer la división y número aproximado de rancherías é individuos, resta investiguemos su origen probable, notando las diferencias que tienen entre sí.

De los aborígenes de Formosa sería más fácil decir *lo que no son* que afirmar *lo que son*; pues contándose indudablemente dentro de una de las razas madres que pueblan la Oceanía, y que después de Junghuhn Logan y Hamy se vienen conociendo con el nombre colectivo de indonesia, malaya y polinesia, la extensión y vaguedad de estas palabras es tan grande, así como obscuras y poco precisas las diferencias que las separan, que empeñarse en señalar con precisión y taxativamente la procedencia de las numerosas tribus formosanas de sus congéneres y hermanas que se encuentran extendidas por las Filipinas las más cercanas, por Borneo, Célebes, Sumatra, Java, Nueva Guinea, etc., sería tarea bien inútil, ya que careciendo de datos históricos exactos, estas mismas razas llamadas indonesia, malaya y polinesia en sus orígenes, desenvolvimiento

y emigraciones no se destacan tan claras y distintas que se pueda indicar su punto de partida, y menos seguir las paso á paso en su curso y camino á través de los mares y estrechos innumerables de la Oceanía.

Considerando, sin embargo, la Transgangética é Indo-China como el solar primitivo, como la tierra madre donde merced á la unión y cruzamientos de las diversas tribus *pre-chinas*, ya entre sí, ya con los elementos autóctonos ó advenedizos, se empiezan á formar y moldearse las razas conocidas luego en la historia con los nombres de Indonesia, Malaya y Polinesia, podemos también afirmar que tipos y rastros lingüísticos, no del todo confusos, une á los aborígenes formosanos con esas tribus primitivas, y no de origen chinos, que todavía viven en el Sur de la China é Indo-China. Los Lolo, Moso, Miantsé; los Xam ó Thais, Kakyen, Papé, etc., que habitan en las montañas de Se-chuan y Yunnan; los llamados Kuis y Kas en Siam y Laos, Mois en Amnán, Penong ó Stieng, en Camboja; los Thos y Muong de Tonking; los Naga de Manipur y Kareng, de Arakan, con otras muchas tribus de nombres diferentes que moran en los macizos montañosos de esos países, al invadir dichos territorios en tiempos prehistóricos sojuzgaron y destruyeron en gran parte á la raza autóctona negra que los ocupaba; pero á su vez de las uniones matrimoniales de los invasores entre sí y con la raza negra sojuzgada, se producen mestizos de *facies* y caracteres diferentes, según la proporción en que la nueva sangre entra á formar los nuevos individuos.

Por otra parte, la raza aria, al expansionarse por el Este y Sur del Asia, ha debido llegar, por vía del Himalaya y Tibet, en constantes emigraciones hacia estos lugares de la Transgangética y S.O. de la China, contribuyendo poderosamente á la formación de aquellas tribus que ostentan caracteres caucasianos; no menos que los chinos, raza invasora y vigorosa, al ir apoderándose de los fértiles valles que ocupaban sus primeros habitantes, ha dado también con sus enlaces y cambio de sangre origen á tipos

mixtos con los caracteres de la raza amarilla, que hoy predominan en algunas de dichas tribus.

Los estudios antropológicos sobre las citadas razas no *chinas* del Celeste Imperio muestran sobradamente la influencia que la sangre caucásica ha tenido en las tribus Lolo y Sifán, así como el influjo de las razas negroide y mongólica se manifiesta en otras muchas tribus de color y con otros caracteres fisiológicos inconfundibles. Esto nos lleva como por la mano á dar una definición de lo que se entiende por Indonesios, Malayos y Polinesios, con objeto de clasificar en uno de esos grupos á los aborígenes formosanos; pero, desgraciadamente, se nota tan marcada identidad de caracteres, lenguaje, usos y costumbres entre los tres grupos, que los autores no formulan esa definición ni encuentran en qué establecer una radical y específica diferencia; es más, mientras que unos afirman «que los indonesios se parecen á los polinesios y los malayos á los mongoles» otros niegan que existan tales semejanzas.

Si suponemos, siguiendo una opinión general, que tribus numerosas perfectamente organizadas, con los caracteres propios de los indonesios, malayos y polinesios, según que en ellos dominara la sangre caucásica, mongola ó papúa, empujados por los chinos y otros nuevos conquistadores que paso á paso les fueron arrebatando sus mejores territorios, se vieron obligados á separarse de las costas de la Indo-China y lanzarse al mar en busca de aventuras, es muy natural que su primera parada y país de refugio sería en las islas más cercanas, como Sumatra, Java, Célebes y Borneo, extendiéndose luego paulatinamente á otros lugares, á manera que la necesidad á ello les compeliere.

Con el transcurso del tiempo nuevas hordas siguiendo los pasos de las primeras debieron aportar á estas islas, ya pobladas, comenzando la lucha con los primeros ocupantes por la posesión de aquellas tierras, con la consecuencia de vencedores y vencidos, de pactos y uniones matrimoniales que empiezan á enturbiar la pura corriente

indonesia, malaya y polinesia, si es que de hecho alguna vez habia existido.

La presencia de tribus como los Battaks de Sumatra, los Bugis de Célebes, los Dayak y Biayus de Borneo, los Baduj y Tenggerese de Java, etc., tenidos como *casi puros* indonesios, y todos ellos habitando parajes recónditos y separados de la costa, nos autorizan para suponer que fueron de los primeros en llegar á dichos territorios, que después les fueron disputados por otros y ante cuyo poder debieron ceder el campo, retirándose al interior antes de ser totalmente arrollados y destruídos.

Tribus malayas, *casi puras*, se encuentran también en el interior de Sumatra, en el más antiguo y floreciente reino de los malayos llamado Menag-Kabau, de donde salieron á fundar en el siglo III de la Era cristiana el reino de Malaca, que tan importante lugar ocupa en la historia de la Oceanía, así como en otras islas; pero, sobre todo, ocupan la parte costera y ribereña de Borneo, Java, Filipinas, etc., etc., como indicando que fueron de los últimos y los más poderosos en llegar á los territorios que aún hoy dominan.

La fecha probable en dejar las costas del Asia, de las primeras olas emigrantes, es imposible precisarla con exactitud por falta de datos históricos ó de otro género en que apoyarnos; pero si se hace remontar á más de mil años antes de la Era cristiana, no será asentar una proposición ilusoria y sin algún leve fundamento que la sirva de base. En algunos dialectos hablados por dichas tribus, como el malayo malagasi de Madagascar, que tan notables afinidades tiene con el tagalog, el kawí, el maori, etc., mientras tiene muchas raíces derivadas del sánscrito y pracrito (corrupción vulgar del sánscrito), prueba inequívoca de la influencia que dichas lenguas tuvieron en su formación, carece de palabras religiosas propias de la mitología indostánica, como indicando que antes de haber adquirido carta de naturaleza la religión brahmánica en la Transgangética y otros lugares, esas tribus habían levantado el

vuelo y salido para ir á poblar otros países lejanos (1).

Ya en pleno período histórico, ó sea ochocientos años antes de la Era cristiana, en que los anales chinos y de otros países marchan con precisión y certeza, se sabe que nutridas caravanas de gentes aventureras, de perseguidos ó con fines comerciales procedentes, no sólo de la Transgángética é Indo-China, sino de Persia, Arabia, Judea, India propia y China, vinieron á unirse en estas islas y formar una mezcla de hombres que desde entonces hasta nuestros días no ha hecho sino aumentar en confusión hasta lo indescriptible con las invasiones de moros y toda clase de pueblos europeos.

Consecuencia legítima de los datos acotados es que, ya casi en los albores mismos, desaparece la marcada distinción de raza indonesia, malaya y polinesia, que algunos autores se empeñan en sostener, y que *a fortiori* hoy día sólo puede quedar como una distinción, más teórica y académica que real y basada en caracteres claros de la naturaleza después de la serie no interrumpida de veces que ha mezclado su sangre con individuos ya congéneres, ya de diferentes tribus y razas (2).

Teniendo, pues, como incontrovertible lo expuesto, po-

(1) Como hace observar atinadamente el Sr. D'Almonte, «los melgachos (de Madagascar) debieron emigrar de los primeros dentro del grupo de su afines, á juzgar por las escasas analogías que tienen sus idiomas en materias religiosas con las demás lenguas, con las cuales en otras materias guardan estrecho parentesco».—*Formación y evolución de las subrazas indonesia y malaya*.

(2) «Es posible que los malayos propiamente dichos de Malaca, y Menang-Kabau en Sumatra, lo mismo que los de Java, Sudán y malayos ribereños de otras islas, sean una nación mixta de indonesios con burmeses, negritos, hindus, chino, papúa y otros elementos».—J. Deniker: *The Races of men*.

«El malayo no es más que un indonesio algo más cruzado de chino y de negrito que sus antepasados».—D'Almonte: *Formación y evolución de las subrazas indonesia y malaya*, página 153.

«La existencia de un tipo malayo se ha puesto en duda por sabios sistemáticos; especialmente los craneotomistas no han podido hasta ahora descubrir una cabeza normal propiamente malaya entre las infinitas discrepancias que presentan las ejemplares del archipiélago oriental».—Keane: *Ethnology*, capítulo XII.

«El Dr. Hami, que fué el primero en extender el término de Indonesio, dice que los Battaks y otros pueblos pre-malayos de la

dremos formar un juicio aproximado acerca del origen y procedencia inmediata de los salvajes formosanos, á los cuales, si bien cabe ponerlos, sin ningún género de duda, dentro de la raza indonesia, con manifiesta superioridad de caracteres malayos en algunas tribus y con rastros del tipo polinesio y pre-chino en otras, sería por demás aventurado el afirmar que tienen su filiación en tal ó cual tribu de las islas cercanas, toda vez que los rasgos típicos peculiares que después de tan larga fecha han adquirido en Formosa les da derecho para ser llamados indonesio-malayos, pero *formosanos*.

La marea emigrante que en distintas épocas prehistóricas fué poblando las islas de Sumatra, Java, Borneo, Filipinas, debió llegar un tiempo en que voluntaria ó fortuitamente se acercó á Formosa tomando posesión de su tierra; empero careciendo de pruebas históricas para fijar esa lejana fecha, dentro de lo que puede llamarse una ley natural, brevemente reseñaremos los datos ciertos que nos suministran las crónicas chinas sobre el particular.

El Profesor alemán Dr. Reiss (1) fué quien, traduciendo de viejos anales chinos, consignó por primera vez la noticia de haber sido conocidos por los chinos, alguna centuria antes de la Era cristiana, los primitivos habitantes de Formosa, venidos del N. E., á los que dieron el nombre de *Lonkiu*.

En aquella remota época todas las islas circunvecinas al Celeste Imperio estaban comprendidas en la denominación de Nan-hai, mar del Sur, y Tong-hai, mar del Este,

Malasia, están tan íntimamente unidos á los Polinesios orientales (Samoa, Maori, Tonga, Taiti, Marquesas y Hauai), que los dos grupos se deben mirar como ramas del mismo tronco no-malayo.—*Obra citada.*

«Por otra parte, los Indonesios, escribe Deniker, se parecen muchísimo á los malayos».

La semejanza de las lenguas indonesia, malaya y polinesia es admitida por todos; resultando que la decantada diferencia entre ellos no se vé por ninguna parte, excepto, tal vez, que los polinesios suelen ser algo más altos.

(1) «Geschichte der Insel Formosa».

que en varias ocasiones habían sido cruzados por marinos atrevidos y comerciantes emprendedores, trayendo á su vuelta interesantes noticias de aquellos habitantes que por no ser súbditos ni aliados de la China recibían el respectivo nombre de «bárbaros del Sur y bárbaros del Este», en cuya última denominación quedaban comprendidos los habitantes de Formosa, Liukyu, Corea y Japón.

Hacia el siglo III, en los anales y mapas más ó menos bien pintados por los chinos, Formosa figura, como ha demostrado en un docto estudio Hervey de Saint Denis (1), con el nombre de Ta-Liukyu (grande Liukyu), en contraposición á la pequeña isla Lambay del S.O. de Formosa, que lleva el nombre de Sho-Liukyu (pequeño Liukyu).

Esta denominación probablemente tuvo por fundamento, como es costumbre entre los chinos, el nombre de Lonkiu con que eran conocidos sus habitantes, y no queda duda que las islas Pescadoras no entraban á formar parte de este grupo, puesto que allí mismo se hace ya mención de ellas con el nombre de Pon-hu, que conservan hasta ahora, y hacen constar estaban pobladas por hombres de pequeña estatura; dato escueto, sin mencionar otras caracteres salientes de la raza negra, que no nos autoriza para suponer, como han hecho graves autores, que fuesen precisamente de la raza papúa, entonces muy extendida y boyante en la Oceanía y Continente asiático.

Los chinos, que si bien no tuvieron relaciones comerciales con los Lonkius les miraban ya como amigos, no quedaron poco sorprendidos al hacer una nueva expedición á la isla al mando del General Ching-Ling, durante la dinastía Suy (581-618), y encontrarse con el territorio ocupado por nuevos moradores, bien diferentes de los antiguos, los que el historiador chino describe diciendo: «que los hombres del Sur se diferencian de los del Norte en sus costumbres....., tienen los ojos hundidos, la nariz

(1) Sur Formose et les iles appellés en Chinois, Lieou-Kieou, «Journ. Asiat.».—Volumen IV., 1874.

larga, parecidos á los habitantes de *Hu*, palabra que en la literatura sínica indica hombres de raza no mongólica, que viven en el Asia Central».

No pudiéndose entender con los naturales el General Ching-Ling, cogió algunos hombres, que se llevó á su país con objeto de que en subsiguientes expediciones pudiesen servirle de intérpretes con los de su raza.

Estos nuevos moradores de Formosa no fueron otros que los malayos bisayas, que á partir del siglo II ya se hallaban en la isla de Negros, en Filipinas, y como atrevidos piratas, según consta por la historia, hacían sus frecuentes correrías en los países vecinos, imponiéndose por su habilidad y bravura, llegando hacia el siglo V á las costas de Formosa en grande número, en donde establecieron sus reales, **no sin haber destruído á la población autóctona de los Lonkius que no huyó á tiempo para salvar su vida en el interior de los montes.**

Señores los bisayas del S.O. de la isla, fueron creciendo con los años en número y poder, de suerte que en el siglo XII, según el cronista chino **Chu-fan-chi**, «durante el período Xun-hi (1174-1190) sus jefes tenían la costumbre de reunir partidas de varios centenares para emprender ataques en las aldeas de Xui-su y Veitou, en Tshuan-chiu-fu, dando libre curso á sus instintos salvajes, matando innumerables hombres y mujeres, amén de los robos y estupros..... No navegan en juncos ni en botes, sino en balsas de bambú, que pueden ser replegadas como biombos, de manera que si se encuentran apurados pueden salirse y nadar agarrados á ellas».

El nombre de Pixoye ó Pisaye con que desde esa época hasta bien entrado el siglo XVI fué conocida la isla de Formosa por los chinos, obedeció sin duda alguna al título de *bisaya*, correspondiente á los nuevos dominadores.

Más tarde un geógrafo chino escribía: «que sus casas están extendidas por todas partes, cubriendo un área de 1.000 lis. El número de rancherías es muy grande, formando cada una de ellas un conjunto de 500, 600 ó 1.000

personas. Cada tribu tiene un jefe, que ejerce sobre ellas un mando absoluto». En el siglo xvii, al arribar los holandeses al S.O., encontraron una población muy densa, y en los límites por ellos conocidos llegaron á dominar, ó tener amistad, con 293 pueblos, según sus historias.

Por datos fidedignos nos consta también que los españoles, en el tiempo de su fugaz dominación en el Norte, hacen mención de 130 pueblos con los cuales trataron ó de los cuales tuvieron conocimiento.

Toda esta nutrida población del siglo xvii, lo mismo que la descrita por el geógrafo chino, aun suponiéndola exagerada, necesitó mucho tiempo, muchos centenares de años para llegar á tales proporciones, haciendo muy creíble, por consiguiente, que varias centurias antes de Jesucristo la isla de Formosa ya había recibido sus primeros habitantes.

Tarea más ardua sería investigar qué clases de hombres fueron aquellos primeros ocupantes de la isla, si eran de entronque aeta ó puros indosianos salidos del centro mismo de la Transgangética ó Indo-China y llegados directamente á Formosa sin hacer escala en otra parte.

Sin datos que sirvan de guía en esta cuestión, podemos juzgar por los actuales habitantes que el grupo Paiuan del Sur, por su número, influencia, lengua y tradiciones, parece ser de los más antiguos, é indudablemente en el siglo xvi ya habían conseguido suplantar en el S.O., donde los encontraron los holandeses, á los fieros bisayas, sirviendo su presencia en aquellos lugares tal vez para dominar á Formosa Taiuan (de Paiuan), como desde el siglo xvi hasta nuestros días es llamada por chinos y japoneses, substituyendo á los nombres de Pixoye y Liukyu, que á causa de bisayas y lonkyus habían tenido. Ese grupo Paiuan, con su poderosa influencia en las tribus Pyuma y Tsalisen, siguen dominando en el Sur, con caracteres indonesios muy mezclados; los Bunum, reconcentrados en las montañas del Centro, por su fisonomía y débil complejión en muchos individuos, no menos que por sus cos-

tumbres, recuerda á la raza primitiva que huyó ante el avasallador empuje de los bisayas; y los Ataiyal, Tayal ó Daga, etc., que de todas estas maneras se llaman ellos mismos, numerosos y fuertes desde tiempos remotísimos en los lugares que ocupan, según sus tradiciones, pudieran estar relacionados con los Tagal de Luzón, con los Daya, Dayak ó Dyak de Borneo, con quienes mucho tienen de común por sus costumbres raras y fieras. Considerados estos tres grupos como las razas madres, por decirlo así, de los aborígenes de Formosa, no es posible desconocer que haya habido posteriores enlaces con otros advenedizos que han venido á añadir radicales diferencias en muchas tribus donde no es difícil reconocer al tipo japonés, chino y filipino, á los malayos y polinesios de islas diferentes de la Oceanía, y hasta la influencia de «los hombres de cabello encarnado, ú holandeses».

En tiempo de la dominación holandesa muchos contrajeron matrimonio con las naturales, y al ser tomada la isla por Koxinga huyeron del vencedor refugiándose en las montañas, por lo cual ha podido decir con razón Mr. Taylor «hay otras tribus que tienen el cabello rojo y usan brazaletes de plata hechos por ellos, que pudieron ser los descendientes de los holandeses refugiados en los montes cuando huyeron del fiero Koxinga». De aquí la variedad, imposible de describir, que se nota en los tipos de los aborígenes formosanos. Los hay altos, fuertes y fornidos, y también de apariencias débiles y miserable complexión; contrahechos, como se ven entre los Bunum y Tsalisen; los hay muy blancos y de bellas formas fisiológicas entre los Atayal, y también negros y feos, como los Diaramoks y Siekhuan del Centro. Los Tsalisen, frente al puerto de Takao, recuerdan al tipo campesino y vulgar del Sur del Japón; los Botan, según algunos, parecidos á los de Sannan y Shikishima, en Liukyu; los Atayal del distrito de Shoka y algunas tribus Paiuan, tienen muchos puntos de contacto con los Tagalos de Luzón; los Ami del centro, altos y vellosos, con los polinesios de Nueva Ze-

landa y los Pepo-huan de Baksa, según Thomson, unidos á los laosianos de Siam.

Puede llamarse también á la craneometría en nuestro auxilio, extractando el serio estudio hecho por los Profesores japoneses Sres. R. Torii y B. Adachi, el primero sobre 166 individuos vivos, pertenecientes á los grupos Paiuan 71, Tsalisen 37, Pyuma 30 y Ami 28, todos varones de veinte á cuarenta años, y el segundo en 30 cráneos, de los cuales 22 son Atayal, 2 Bunum, 4 Tsalisen y 2 Paiuan (1).

Ambos Profesores llegan á parecida conclusión, enlazando á los formosanos con los indígenas de Carolinas, con los Pampangos, con los Tagalos y Bisayas, pero reconociendo también el grande intercambio de sangre que ha debido haber por las notables diferencias en las medidas antropométricas.

De los 166 individuos vivos, 36 son dolicocefalos, 29 super-dolicocefalos, 27 mesocéfalos, 40 sub-braquicéfalos, 15 braquicéfalos y 12 hiper-braquicéfalos; correspondiendo 20 dolicocefalos á los Ami, 20 mesocéfalos á la Paiuan y 7 á los Pyuma, 19 sub-braquicéfalos á los Paiuan y 12 y 11, respectivamente, á los Tsalisen y Pyuma, de lo que resulta marcada relación, por su índice cefálico, de los Ami con los Carolinos, con los de Fiji é isla Salomón; de los Tsalisen, Paiuan y Pyuma muy mezclados con los Battas de Sumatra y Tenggerese de Java, que, según J. Deniker, son mesocéfalos y sub-braquicéfalos.

Mr. Adachi, después de un examen minucioso de los 30 cráneos, concluye diciendo que entre los Atayal se encuentran razas diferentes; pues mientras los de las rancherías Nan-oban y Arei se acercan á los Tagalos de Luzón, los Babutoku del mismo grupo atayal presentan tipos diferentes; de cabeza estrecha (dolicocefalos) unos, que tienen analogías con los pampangos y tagbanúas, y de cabeza ancha (braquicéfalos) otros, que se acercan á los ilocanos y bisayas.

(1) «Revista antropológica», en japonés.

La existencia del tipo aeta ó negrito en algunas tribus habíase tenido casi por indudable, no obstante carecer de datos positivos para afirmar la presencia de hombres enanos, de negro color y cabello rizado, en la isla de Formosa.

Los pacientes estudios llevados á cabo en el último tercio del siglo XIX nos permiten asegurar que la raza negra hacia los primeros siglos de la Era cristiana hallábase extendida por muchas islas de la Oceanía y también en el Continente asiático, cuyos descendientes, muy cercanos á su desaparición, se encuentran todavía en Filipinas, Nueva Guinea, Timor, etc., y en la península de Malaca.

Con respecto á Formosa, la historia china antigua y moderna no se expresa con claridad, dejando entre sombras la cuestión; pero la historia holandesa del siglo XVII lo afirma, sin dar pruebas evidentes del aserto, por lo que siguiendo sus huellas algunos en el siglo XIX dijeron que los había actualmente, así como los sablos Quatrefagues y Hami, guiados por sus estudios craneotómicos, lo afirman de la antigüedad.

Hoy, sin embargo, siendo suficientemente conocidos todos los rincones de las altas montañas donde vegetan los salvajes, no es posible inclinarse por la afirmativa, ya que en ninguna parte se han podido hallar negritos, ni siquiera tipos que de lejos evoquen la idea de mixturación indudable con la sangre aeta.

Solamente rebuscando entre ciertos individuos contrahechos que se ven entre los Bunum, Tsalisen y Paiuan, se quieren vislumbrar como signos de reversión de la sangre hacia el tipo primitivo, hacia el *homo etiopicus*; empero esto, más que prueba fundada en hechos positivos y sinceros, semejan prejuicios concebidos á través del maravilloso microscopio de la ilusión. Que no hay al presente negritos en Formosa es un hecho indiscutible; que los hubo en tiempos antiquísimos, es una proposición que necesita ser mejor probada por los sabios antes de exigir nuestro incondicional asentimiento.

(Continuará).

LA PATRIA DE COLÓN

Con avidez hemos leído la obra de D. Rafael Calzada intitulada con el mismo epígrafe que encabeza estas líneas. El dogma «petrificado» del Colón genovés entra en una era, por decirlo así, de disolución. La crítica histórica acerca á nosotros la cuna del gran navegante, en magnífica promesa. La tesis del Colón español, que causó primero gran estupefacción y provocó violentas diatribas é hizo palpar la vena del ridículo, se mantiene en pie, más fortalecida que nunca, por el aporte de nuevos datos, opiniones juiciosas y horizontes sugestivos.

La obra del Sr. Calzada es un alegato en pro del Colón pontevedrés, en este magno pleito de la patria de Colón.

A nuestro sentir de españoles halaga fuertemente la idea de que el descubridor del Nuevo Mundo pertenezca, no sólo moralmente, sino de un modo material, por el hecho de su nacimiento, á la patria hispana, fecunda en santos, en héroes, en inventores

Por eso no queremos pecar de pesimistas al recoger con ansiedad, en que hay dolor y hay esperanza, esta frase de las páginas 226 y 227 del libro de D. Rafael Calzada: «Hay que convenir en que son demasiados á pedir una misma cosa, para que ninguno tenga razón».

Apresurémonos á decir que de la obra crítica que acabamos de leer y releer con profundo deleite no se deriva, patente, minuciosa, rotunda, la suprema afirmación: «Colón es español. Colón es gallego».

Guiado por luminosas intuiciones, por extrañas com-

cidencias y homonimias, por el valor de determinados hechos de orden secundario, esgrime el Sr. Calzada, con oportunidad y talento, las piedras de toque que juzga capaces para sustentar la teoría del *Colón gallego*.

* Langlois y Seignobos, en la *Introduction aux Etudes Historiques*, exigen el *documento*. El Sr. Calzada apela (pág. 168) al testimonio de la *conciencia*, á la valentía de poner el *espíritu de la verdad* por encima de las pasiones y de los prejuicios». Por eso, *no afirma*. Al finalizar su argumentación en favor de Colón gallego *interroga* respetuosa, científicamente: «¿cuál era su patria?»

Por tanto, hasta venideros días, en que acaso llegue á probarse documental, palmariamente, cuál sea la patria de Colón, esta patria, sin expresión material concreta, vivirá tan sólo en las conciencias. La obra del Sr. Calzada es, valga la expresión, la conciencia de la cuna española de Colón.

Hoy por hoy, la patria del descubridor se difunde y se diluye y se pierde en la conciencia de genoveses, ligures, franceses..... ¡hasta aragoneses! Ahora toca á Galicia reclamarla; ¡y á fe que, en los nuevos apóstoles, hay firmeza, talento y gallardía!

¡La patria de Colón, en área extensa y fluctuante, parece tener algo de la imprecisión y movilidad de las olas que dieron gloria inmortal al Almirante de las Indias!

¡No parece sino que Colón obscureciese con intención genial su cuna, por no avenirse la idea de patria chica con la elevación formidable de su empresa, creadora de mundos nuevos, ignorados!.....



Las afirmaciones del Sr. Calzada se alzan con líneas puras, airovas, plenas de elegancia espiritual y de fuerza lógica. Desde las primeras páginas del libro trasciende la honradez de un espíritu preocupado en la adquisición de la verdad, y sólo de ella. No hay engorros ni prejui-

cios. Y sin ánimo litigante logra conquistar el grave publicista la respetabilidad del pleito que defiende.

Bien es verdad que las páginas sólidas y certeras de «La Patria de Colón» están informadas, en su base, por juicios lentamente elaborados hace tiempo y hoy admitidos por historiadores de nota.

Ya Altamira resumía el estado de la cuestión en estas tres conclusiones (pág. 12):

1.º No se puede ya sostener que Colón fuese italiano con la seguridad con que se ha sostenido hasta aquí.

2.º No se sabe de dónde era originario.

3.º Hay muchos indicios, pero ninguna prueba decisiva, para presumir que era español y de próxima ascendencia judía.

El Profesor Yahuda, Catedrático de la Universidad Central, aboga por este último punto; Beltrán y Rózpide ha contribuido con sus publicaciones (muy notable la de *Cristóbal Colón y Cristóforo Columbo*) (1) á esclarecer el problema; D. Eduardo Ibarra, en el tomo XXIII de la *Historia del Mundo en la Edad Moderna* (págs. 132 y 133), inserta copiosa nota en que hace síntesis crítica respecto á tan importante asunto.....

El Sr. Calzada recoge en su libro cuanto hasta aquí se ha publicado en pro de Colón español, y negando al Colón genovés; y añade originales argumentos, fruto de sus investigaciones laboriosas.

(1) De la 2.ª edición de este curiosísimo y original estudio (ampliada con nuevas notas y un apéndice) copiamos:

«El Colón de los documentos españoles no es el Columbo de los documentos italianos».

«Para que Cristóbal Colón, el navegante desde la más pequeña edad por todos los mares conocidos en su tiempo, pudiera ser el sedentario artesano é industrial de la familia Columbo-Fontanarubea, de Génova, habría que rasgar todos los papeles escritos por el primer Almirante de las Indias, y suponer en éste, con el propósito de ocultar su origen, tal previsión de lo porvenir, que se pasó la vida calculando qué era lo que debía consignar acerca de sus primeros años para anticiparse á desmentir lo que resultase de documentos que siglo tras siglo fueron apareciendo en los protocolos notariales de Génova y Saona».

Remitimos á los lectores al estudio de esta nueva obra sobre el Colón pontevedrés, persuadidos de que intentar ofrecerles, esporádicamente, el resumen de alguno de los capítulos, sería desconocer en absoluto la índole de estos trabajos, cuya mayor fuerza radica en el conjunto.

Llamamos, sin embargo, la atención sobre las relaciones de Colón con Fray Diego de Deza (págs. 174, 175, 176 y 237) y con Toscanelli (págs. 235 y 236), que arrojan mucha luz sobre el pleito de la cuna colombina; asimismo, es interesante la correspondencia de Colón con el Pontífice Alejandro VI, en la cual aparece, seguramente, el verdadero apellido del Descubridor; pues, como dice muy discretamente D. Rafael Calzada, «puede admitir quien quiera que el Descubridor haya sido capaz de engañar á medio mundo en cuanto á su verdadero nombre; pero no es concebible que un creyente como él haya ido á sorprender con una mentira semejante al propio Pontífice romano» (págs. 158 y 159).

Hechos de la vida del Almirante, tradiciones, aspecto moral, lenguaje y escritos de Colón, son puestos á contribución por el Sr. Calzada, para ponderar hasta qué punto es judío y español y gallego y pontevedrés el Descubridor de América.

De ahí que la obra del concienzudo publicista, atados tan varios puntos, sea una fortaleza histórica de difícil rendición. Surge la teoría de Colón gallego entre la negación del Colón genovés y los vehementes y repetidos indicios del Colón español. Es como la luz que brota en el choque de dos tendencias. Máximum de claridad en la cúspide hipotética nominada «Colón español».

*
**

No terminaremos estas líneas sin lamentar que estos severos estudios de crítica histórica puedan arrancar á la figura del insigne navegante parte de su prestigio glorioso y de su santificación. Máculas propias del siglo en

que vivió habían ensombrecido ya la aureola de Colón.

A pesar de ellas, Castelar confundió al Almirante en la misma epopeya de su descubrimiento; Campoamor cantó en octavas reales al héroe del Océano Tenebroso, y Roselly de Lorgues defendió la santidad de Colón, sosteniendo á todo trance la necesidad de canonizarle y ponerle en los altares.

Pero César Lombroso, el eminente psiquiatra, asegura que Colón carecía de sentido moral; que el hábito de la mentira científica le era familiar y que incurrió, mintiendo siempre, en enormes falsedades. (Calzada, páginas 45 y 46). El intelecto de Colón llegó á hipertrofiarse, á crecer por el fermento de la locura».

Así dice Lombroso, y triste resulta que para que España alcance hasta la plenitud la evidencia gloriosa de un Colón gallego, sea necesario ver confirmado el diagnóstico lombrosiano de que Colón era un monomaniaco, y que las palabras mismas del Almirante, referidas á Génova, «porque de allí salí y en ella nací»..... (fundación del mayorazgo de Colón en Génova, 1498-1506), sean una *mentira*.

¡Dolorosa conquista la que apareja, con el reconocimiento de la cuna española del navegante, si una mayor honra para España, un mayor desprestigio para la figura noblemente legendaria del Descubridor de América!

La Historia, en ocasiones cirujía para las sociedades y los individuos, tiene exigencias de esa índole; pero la gloria de la invención del Nuevo Mundo—de esa gran Realidad—se alzará sobre las demás invenciones y fantasías de nuestro primer Almirante de las Indias.

Los sublimes visionarios nunca mienten.

FELIPE PEDREIRA DEIBE.



ÍNDICE

de las materias contenidas en el tomo LXII

	<u>Páginas.</u>
CONFERENCIAS Y DISCURSOS EN LA SOCIEDAD	
Los Pirineos centrales: conferencia de <i>D. Juan López Soler</i>	7
Servicio postal transoceánico; proyecto para el establecimiento de agentes embarcados ú oficinas flotantes en los buques españoles: conferencia de <i>D. Eduardo Moreno Rodríguez</i>	68
Contra el principio de las Nacionalidades: conferencia de <i>D. Abelardo Merino Alvarez</i>	109
Marruecos y Tánger, españoles: conferencia de <i>D. Emilio Bonelli</i>	177
Necrología. El Excmo. Sr. <i>D. Javier Ugarte</i> , Presidente de la Real Sociedad Geográfica:	
Discurso de <i>D. Luis Tur</i>	266
» del Sr. <i>Marqués de Olivari</i>	307
» de <i>D. Joaquín de Ciria y Vinent</i>	316
» de <i>D. Ricardo Beltrán y Rózpide</i>	330
» de <i>D. Francisco Bergamín</i>	338
Estudio sobre la Rioja: conferencia de <i>D. Guillermo Rittwagen</i>	341

ARTÍCULOS

Hasi-Uenzga	204
Las zonas septentrional y meridional del Protectorado español en Marruecos: traducción de la conferencia leída en	

	<u>Páginas.</u>
inglés ante la Real Sociedad Geográfica de Londres, por <i>D. Alfonso Merry del Val</i>	205
Descripción geográfica de la isla de Formosa, por <i>Fr. José M. Alvarez, O. P.</i> (continuación).....	393
La patria de Colón, por <i>D. Felipe Pedreira Deibe</i>	432

LÁMINAS

Puente del Rey y Valle de Arán.....	66
Carretera de Saint-Béat y Esterri de Aneu.....	66
Lagos de San Mauricio y Llonch.....	66
Portarrón de Espot y Puerto de Caldas.....	66
Circo de Cancias y Fablo.....	66
Barranco Aiguamech y Ermita-cueva de Santa Orosia.....	66
Valle del Basa y Praderas de Santa Orosia.....	66
Javierre del Obispo y Senegüé.....	66
Valle de Tena y Tiermas.....	66
Retrato del Excmo. Sr. D. Javier Ugarte.....	266

Con este tomo se han publicado los pliegos 1, 2, 3, 4 y 5 de la obra de *D. Jerónimo Becker*, titulada «Diario de la primera parte de la demarcación de límites entre España y Portugal en América, precedido de un estudio sobre las cuestiones de límites entre España y Portugal en América».
